







MUÑECA MALA





EDITORIAL CULTURA

xxx.xx

Mxxx

Matute, Carmen

Muñeca mala / Carmen Matute—Guatemala: Ministerio de
Cultura y Deportes de Guatemala / Editorial Cultura, 2023.

72 p.; (Colección Premio Nacional de Literatura

Miguel Ángel Asturias, n.º 28)

1. Narrativa guatemalteca

2. Literatura guatemalteca

.....

© Carmen Matute, 2008

© Por la presente edición, Editorial Cultura, 2023

Diagramación: Wingston González

Diseño de portada: XXX

Edición al cuidado de XXX

Una publicación de Editorial Cultura
editorialcultura@mcd.gob.gt

ISBN: 978-9929-XXX-XX-X

Impreso y hecho en Guatemala
Printed and made in Guatemala

Reservados todos los derechos. De conformidad con la ley (Artículo 274 del Código Penal), no está permitida la reproducción parcial o total de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por registro u otros métodos sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.





MUÑECA MALA

CARMEN MATUTE

Premio Nacional de Literatura
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS
2015

Colección
Premio Nacional de Literatura
Miguel Ángel Asturias
(1988-2022)
N.º 28





MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTES DE GUATEMALA

Felipe Amado Aguilar Marroquín
MINISTRO DE CULTURA Y DEPORTES

Cristhian Calderón Santizo
VICEMINISTRO DE CULTURA

Gretchen Fabiola Barneod Martínez
DIRECTORA GENERAL DE LAS ARTES

Denise Phé-Funchal
DIRECTORA DE EDITORIAL CULTURA





*A mis hijos,
infinitamente amados*







Y por eso se le ha dado albedrío (al ser humano) para ordenar y realizar lo semejante a los dioses y se le ha dado al hombre el más peligroso de los bienes, el lenguaje, para que con él cree y destruya, se hunda y regrese...

HÖLDERLIN







SOMBRA Y VACÍO

Fatigada de arco iris,
de lunas amarillas
y de espejos,
prendo enredaderas de besos
en los labios de una estatua,
persigo remotas soledades
en los ojos de una extraña,
intuyo esqueletos
en el fondo
de la piel tibia e intacta.

Con prístina dulzura
de noches en que fui
una hermosa flor hermafrodita,
construyo laberintos cegadores
donde el recuerdo
envejece lentamente.







EVOCACIÓN

Hambriento
feroz
el pasado te disputa
los jardines de tu niñez
esos que inventas
como una visión acariciante
esos que fabricas
ansiosa
cada día
cada instante.

Estéril es la injuria
el dolor
brutal
envolvente
inenarrable.







MUÑECA MALA

El día de su cumpleaños, cuando comenzó a decirme «cielo» supe que su muerte estaba muy cerca. Es posible que solamente lo intuyera o que me hubiera dado cuenta, de manera incierta todavía, la mañana que la vi demorarse minutos interminables, mientras se untaba el desodorante en las axilas sin rasurar. Tenía la mirada perdida en la bruma de una inicial demencia que se desarrollaba rápidamente desde la muerte del marido, ocurrida tan sólo unos meses atrás. Recordaba el incidente del desodorante muy bien, pero ése no fue el único que había llamado mi atención. Días antes, no pudo abrocharse los botones delanteros de la blusa. Esa vez la ayudé, en un acto mecánico, como solía hacer todo lo que se relacionaba con ella en los últimos tiempos. En ese momento pensé que sus manos, ya muy dañadas por la artritis, no eran capaces de manipular los botones pequeños y planos, pero después, me di cuenta, la oscuridad en que se había sumergido era algo que aparecía a cada rato, supe que los actos cotidianos cada vez serían para ella más difíciles de realizar hasta llegar a depender totalmente de los demás.

Mientras tanto, la llevé a vivir a mi casa. Me sentía atrapada porque no era por amor que había decidido cuidarla sino por un ineludible sentido del deber. Esa vertical concepción del deber que ella misma me había inculcado. Por eso, odié tanto que me llamara «cielo». Me repugnaba escuchar esa palabra en sus labios, en esta época de





mi vida, cuando ya no significaba nada para mí. Ahora, cuando estaba segura de que la enfermedad mental la llevaba a hacer y decir cosas cada vez más alejadas, más desconectadas de la realidad.

Día a día se hundía en un territorio desconocido lleno de sombras, mientras crecían dentro de mí los más encontrados y confusos sentimientos. Recién llegada a la casa, cuando todavía podía caminar hasta el comedor, me sentaba frente a ella para darle de comer en la boca la escasa comida que aceptaba en lentas cucharadas. Era increíble cómo podía sentirla totalmente ajena a mí, como si fuera la primera vez que la miraba. «Gracias, cielo» me decía, sin reconocermme. A veces tenía ratos de lucidez durante los cuales yo volvía a percibir en sus ojos la misma lejanía, el mismo desamor, la misma indiferencia de siempre. ¡Dios! cuánto hubiera dado en el pasado por escuchar esa frase de su boca. Ahora ya no me importaba, aunque cada vez que ella la decía me sorprendía y me repugnaba. ¿Por qué, ahora –cuando yo sabía que estaba encerrada tras unos muros inexpugnables, que no eran más que las oscuras paredes de la enfermedad mental que la cercaban en un mundo ignorado– me llamaba con un nombre que hubiera querido tan intensamente escuchar en otras etapas de mi vida? Nada. Ya no podría hacer nada para resarcirme del pasado.

En esos días me había preocupado de contratar a otra empleada, una mujer que era a la vez enfermera y dama de compañía, para que estuviera solamente a su servicio. Pero ella no aceptaba ni un vaso de agua si no era yo la que se lo daba. De manera que en esos meses terribles tuve que bañarla, vestirla, darle de comer, llevarla al baño y como otra obligación esperar allí mismo en medio de olores repugnantes que invadían el ambiente, cosa que parecía complacerla intensamente. Resignada, la esperaba sentada en el borde de la bañera, hasta que terminaba de orinar o defecar, para limpiarla y para evitar que hiciera cualquier desastre como embarrar su propia mierda en la pared.





Pasaba horas enteras en su habitación, mientras ella dormía un sueño inquieto, con el ceño fruncido. A cada momento abandonaba el libro que estaba leyendo para verla dormir, porque me intrigaban las arrugas que se le hacían en la frente, como si sufriera, como si algo la perturbara y no la dejara descansar en paz. Nunca antes había visto dormir a alguien con esa cara de tormento, con esa angustia reflejada en el rostro dormido. Parecía sumergida en pensamientos que le traían preocupaciones, problemas sin resolver, acaso recuerdos de su propia vida que se acababa. ¿Qué la atormentaba tanto? No era dolor, lo sabía muy bien, porque el médico me había asegurado que no existía razón alguna para que tuviera dolores. Las drogas que le daban eran poderosas. ¿Por qué, me preguntaba entonces, ese desasosiego? Me impresionaba mucho verla, porque no podía evitar mis propios recuerdos. Cuando veía sus manos de largos dedos que ya no usaban ninguna joya descansando sobre la blancura de las sábanas, pensaba en las innumerables veces que se alzaron sin piedad para castigarme. Casi siempre era la mano sola, abierta, rápida para el bofetón en plena cara o en la boca que me sangraba fácilmente, sin que le importara que alguien presenciara semejante crueldad. Otras veces la correa de cuero prolongaba aquellas manos. Ahora las veía envejecidas y sarmentosas reposar sobre la tela de las ropas de cama, exangües, como si fueran dos aves muertas en una playa desierta. Sus bellas manos eran rápidas, mi padre las admiraba por su apariencia de «lirio desmayado». Podía lanzarme lo que tuviera cerca, una plancha caliente, por ejemplo, que después de quemar sin remedio la blusa que llevaba puesta me dejó una honda cicatriz en la espalda.

Enroscada en la única silla de aquella habitación, hacía a un lado el libro que leía, lo olvidaba, lo ignoraba, para dedicarme a contemplar a la muñeca mala que no hacía un solo movimiento. No lograba cambiar de posición mientras esperaba la muerte, acostada boca arriba a lo largo de





la cama como si fuera un Cristo yacente. Parecía desamparada y sin embargo algo temible se desprendía aún de aquel cuerpo vencido.

Ahora podía contemplarla a mi antojo, sin sentir sobre mí su mirada siempre acusadora, glacial. Veía su rostro de líneas clásicas, impecables, cuya belleza no había logrado destruir la vejez y pensaba en su inmenso gusto por hacer sufrir a los demás. El placer de lastimar se le escapaba casi sin darse cuenta. Sabía herir con las palabras y también con sus acciones. Después de alguna de las heridas que solía causar, no le dirigía la palabra al marido o a uno de los hijos durante días enteros o semanas. En esas temporadas en que su silencio era como un zarpazo, me desgarraba por dentro, sentía una gran soledad, un abandono total que me dolía más que sus hirientes palabras. Me parecía que cuando ella callaba estaba ocultando insultos más terribles aún. Ese imaginar me empujaba hacia lo más oscuro del dolor. Por eso empecé a creer que era mejor morir. Pero ¿cómo hacer para lograrlo? Apenas tenía catorce años. Mi padre nunca había llevado un arma a la casa; no sabía una sola palabra sobre venenos. En medio de esos sombríos pensamientos, la oportunidad se presentó antes de lo que podía imaginar.

Comencé a trabajar por las tardes como dependiente en una farmacia, porque ella decidió que tenía mucho tiempo libre después del colegio. No sabía nada de ese oficio. Don Miguelito, el dueño, siempre estaba allí con su bata blanca y sus anteojos redondos. Era amable, excesivamente viejo y tenía una paciencia bíblica, que por cierto, le sirvió para irme enseñando poco a poco a encontrar en los anaqueles lo que pedían los clientes. A pesar de los complicados garabatos escritos por los médicos en las recetas, pronto identifiqué lo que compraba una señora francesa, muy rara. Cada vez que entraba al lugar, la gente la volteaba a ver porque parecía una actriz decadente, con su maquillaje teatral, las uñas pintadas color «sangre de pichón»,





casi negras, y el cabello escaso y rizado de un rojo borgoña insolente. En realidad, lo que la francesa llegaba a comprar una vez por semana eran barbitúricos, poderosas cápsulas para dormir. Pronto las empecé a robar de una en una.

Mi hermana pequeña, además de su mezquindad, tenía el hábito de registrar mis cosas para correr a denunciarme con la muñeca mala cada vez que encontraba algo «sospechoso». Necesitaba un buen escondite. Abrí un pequeño agujero, casi imposible de detectar, en el dobladillo de uno de mis vestidos que usaba sólo de vez en cuando y allí fui metiendo las cápsulas. Junté diez.

No sabía exactamente cómo y cuándo las tomaría, pero un día las llevé al colegio. Hacía dos semanas que había dejado de trabajar en la farmacia del bondadoso don Miguelito, también por capricho de quien yo había empezado a llamar la muñeca mala. Junto con Pablo y otra pareja de amigos, decidimos ir a la cafetería cercana al colegio después de clases. Cuando entramos, a pesar de que me sentía muy triste, no podía dejar de poner atención a la canción de moda: una plegaria a Venus, la diosa del amor, que se escuchaba a todo volumen en aquel ambiente cerrado. Mis tres acompañantes conversaban entusiasmados sobre el Etanol, nuestro equipo de voleibol que acababa de ganar el campeonato escolar en la mañana deportiva del sábado anterior. La canción se terminó y mi congoja crecía. Con el entusiasmo de la plática, nadie reparó en que yo estaba más callada que nunca, así que decidí interrumpirlos. Bruscamente, les mostré las cápsulas de un gris opaco y un intenso color corinto, que formaban un montoncito extraño en la palma de mi mano. Sin decir una palabra más, me metí el puñado en la boca y di grandes tragos a la limonada que estaba sobre la mesa aún sin tocar. Los tres me observaron por unos segundos, sin comprender. Vi sus caras largas y sentí caer sobre mí su grave silencio. Habían pasado unos pocos minutos y ya me había arrepentido. Angustiada, comencé a llorar. Sen-





tía pánico de morir, pero Juan Pablo, Rolando y la Tere ya se habían puesto de pie, muy asustados por lo que acababa de hacer. El vaso con agua caliente que pidieron apresuradamente, me pareció más grande, mientras le echaban enormes cucharadas de sal. Ahora los tres hablaban a la vez mientras yo, muy obediente, bebía la mitad de aquel brebaje, pues ya no quería morir. Luego me llevaron hasta el baño y entre los dos muchachos me obligaron a arrodillarme frente a la taza del inodoro. Cuando levantaron la tapadera pude ver que tenía manchas de un sospechoso color café. Pablo, mi novio desde hacía un año, me sostenía la cabeza mientras Rolando me apretaba el estómago abrazándome desde atrás, él también arrodillado, sus brazos apretándome, apretándome. La Tere se había quedado en la puerta, llorando. Aquel lugar diminuto y un poco oscuro en el que apenas cabíamos los tres, olía horrible, el intenso sabor salado me inundaba por dentro y comencé a vomitar un líquido amargo como la hiel. Cuando salimos de allí –Rolando y Pablo tomándome de cada brazo, casi cargada– las piernas se me doblaban, no lograba ver ni escuchaba claramente, y una sed abrasadora me subía desde el vientre hasta las sienas.

Al despertar en el hospital la tarde del día siguiente, no recordaba nada. Al primero que vi fue a Pablo, que además era el único que estaba allí, sentado frente a mí. Me contó que me habían llevado a casa en el auto de uno de los maestros que casualmente se encontraba en la misma cafetería. Mis padres se habían negado al principio a llevarme a un hospital o a llamar un médico, aduciendo que pronto estaría bien. Pero ante la insistencia de mis amigos, que les explicaron la cantidad de cápsulas que había tragado, y al ver que deliraba en medio de una fiebre altísima, por fin me llevaron al hospital, donde me hicieron un lavado de estómago. Regresé a casa esa noche, sintiéndome muy débil y también avergonzada. No quería ver a nadie pero llegaron los familiares más variopintos, para darme





las grandes reprimendas, aunque nadie fue capaz de preguntarme por qué. La muñeca mala me llevó esa misma semana a su ginecólogo para que me hiciera un examen y así asegurarse de que seguía siendo virgen. Hasta le pidió un certificado donde hiciera constar que yo tenía el himen intacto. Eso era todo lo que le importaba, y su total indiferencia le impedía pensar que pudiera tener otro motivo para quitarme la vida.

Después del intento de suicidio, el desamor continuó colándose por todas las rendijas de mi vida. Juan Pablo terminó nuestra relación. Asustados, Rolando y la Tere no volvieron a invitarme a salir. Todo el colegio se enteró de lo que había pasado y en el periódico mensual se burlaban de mí. La muñeca mala me ignoró durante largo tiempo.

Ahora, sentada frente a ella, que día a día continuaba deteriorándose en el sueño, insistía en decirme a mí misma que todo aquello pertenecía al pasado. Sin embargo en las noches en que me tocó velarla fue inevitable recordar. Las horas se alargaban en el silencio, y muchas veces estábamos sólo ella y yo. Una de esas noches en que la enfermera se había ido ya, tuve que cambiarle el pañal. Le abrí las piernas y comencé a limpiarla con cuidado. Pude ver entonces que lo que había sido alguna vez una mata de vello negro que se notaba a través del traje de baño cuando íbamos a nadar, se reducía ahora a unos cuantos pelos ralos y lacios, canosos. Abajo del pronunciado hueso púbico la vulva había perdido su textura acolchonada y mostraba el inicio de un agujero negro y profundo como la boca de un túnel. Ese mismo túnel por el que nos había expulsado a mis hermanos y a mí, como si se tratara de un rumor, una masa de carne, algo que la incomodaba por dentro. Me horrorizaba ver esa caverna horrenda, ese lugar secreto por donde nos había desterrado para siempre de sí misma, una tenebrosa herida, abierta entre sus piernas, a través de la cual nos había separado, nos había arrojado lejos de ella. Lejos de su calor y su amor.





Con inmenso disgusto me apresuré a terminar aquella ingrata tarea. Pero después, a la mañana siguiente, mientras la peinaba y veía su cara preciosa, de la que estaba tan orgullosa, no podía olvidar lo que había visto por primera vez: el pasaje oscuro por el que hacía muchos años me había lanzado a la vida, lo que desde niña tanto me pesó.

Con la sola excepción de mi hermano mayor, la muñeca mala nos tuvo a los demás por ese rectilíneo, estricto sentido del deber que rigió su vida. Nunca nos amó, y desde chicos nos hizo saber que nos había parido porque era imposible para ella la sola idea de abortar.

Fueron muchas, y largas, y lentas, las horas que pasé viéndola dormir un sueño intranquilo, inducido por los médicos después de diagnosticarle una depresión profunda. Me atormentaba una y otra vez reviviendo el pasado. A veces las horas se me hacían tan tristes y eternas como las del funeral de mi hermano mayor, hacía tres años ya. Sólo esa vez la vi llorar, pues a él fue el único que amó y su muerte seguramente la devastó. De nuevo velando su sueño, sentada frente a ella bajo la tenue luz de una lámpara, vuelvo a ver la escena del hospital, el médico informándola de que mi hermano acababa de morir, su hermoso rostro lívido por el dolor volteándose hacia mí con una mirada en la que pude leer lo que sentía en esos momentos, ¿Por qué? ¿Por qué no fuiste tú?

Hace meses que duerme por fin. Descansa ya también su gozo peculiar de herir sin piedad. Pero cada día, cuando me veo al espejo, pienso en ella. Pues de la muñeca mala, que fue mi madre, heredé el color azul de sus ojos, aunque no la crueldad.





ECOS DE CASA VACÍA

Veo hacia atrás —madre—
y en tus ojos encuentro
el derribado recuerdo de mi padre.
Silencio que derramaste
a todas horas
para enterrar un amor
que sólo era envejecidas grietas
sobre un muro derruido.

Enmudecidos violines
llevarás por siempre
entre las manos







EL ENCUENTRO

En su niñez no hubo un jardín con una fuente y árboles bien cuidados, como ella le contaría —ya adolescente— en una larga carta escrita desde el internado, a María Elisa. En cambio, existió una banca de tablas delgadas pintada de un horrible color amarillo limón. Una tarde entera se sentó en este lugar a esperar a alguien, junto a una gorda mujer llamada Berta que usaba un peinado extraño, con la gran masa de cabello negro recogida en una gruesa trenza alrededor de la cabeza.

Para la niña la espera no fue difícil, hasta fue un poco divertida. A sus seis años, ya había aprendido a estarse quieta durante largo rato observando lo que pasaba a su alrededor. Sentada en la banca del lugar, podía ver desde adentro el ajetreo de la calle donde no había un solo árbol, pero sí muchos automóviles. Algunas personas muy serias y afanadas, caminaban sobre las aceras, preocupadas por llegar pronto a algún lugar. Le habían enseñado a estarse quieta y también a permanecer en silencio. Enseñanzas terribles acompañadas de muchos golpes y castigos. No era del todo malo y ya se había convertido en costumbre; además, eso le permitía observar a sus anchas el entorno donde se encontrara. La gente mayor se mostraba encantada con una niña tan tranquila, tan bien portada y educada, decían sonrientes asintiendo con la cabeza. Así había vivido hasta ahora, volcada hacia sí misma, huraña, los grandes ojos oscuros opacados por un dejo de tristeza tan honda que a ve-





ces llegaba a ocultar la inteligencia de su mirada. Se sentía un poco molesta por no saber a quién estaban esperando. Berta no le había dicho una sola palabra desde que salieron de la casa, sumergida en un silencio que ocultaba su naturaleza simple de gente del campo.

Sentada muy quieta y callada en la banca del rincón, la niña se entretenía leyendo en voz baja los nombres extraños de los frascos —Sangre de Drago, Cañafístula, *melissa officinalis*, *lavandula vera*— todos idénticos en tamaño, en el color blanco plumizo, alineados en los altos estantes del lugar. Le parecía una tienda muy grande. Un olor peculiar parecía flotar todo el tiempo en el ambiente; no terminaba de reconocerlo, era más bien amargo y medicinal, un olor insistente que se le prendía a la nariz y saturaba sus pulmones, mezclándose en alguna forma con sus recuerdos de las largas noches ahogándose por el asma, exhausta por el simple y único esfuerzo de respirar. Pero aquí, en este momento, ignoraba que en el futuro cada vez que enfrentara alguna situación conflictiva o dolorosa, ese mismo olor acudiría a su olfato —intacto, único, perceptible con la misma intensidad de hoy— como si lo llamara desde el fondo más oscuro de su memoria.

La espera era larga. La niña, impaciente, se ponía de pie a cada momento para dar pequeños saltos frente a los mostradores de vidrios rayados por el uso. Curiosa, se acercaba a una de las tres grandes puertas abiertas a la calle. Por ratos, giraba sobre sí misma como un trompo, hasta marearse, para admirar las ondas formadas por el vuelo de su vestido rojo y verde de cuadros escoceses. ¡Ah! Eso era algo que la intrigaba: ¿por qué su madre le había puesto aquella tarde el vestido más bonito? No lo sabía, como tampoco sabía qué estaban haciendo allí, en ese lugar que no era una tienda grande sino una farmacia, como le acababa de aclarar la inmensa Berta.

Había transcurrido lo que parecía una eternidad desde que se sentaron en la misma banca. El sol de la tarde se





había tornado aún más apacible, proyectando sombras menos fuertes sobre las paredes y el piso. El bonito vestido se había ajado y su cabello empezaba a soltar la habitual rebeldía de apretados rizos, que se liberaban de lazos y ganchos para volverse una larga cascada del color del trigo.

Berta cabeceaba intentando en vano mantenerse despierta. Parecía más gorda que nunca en medio de sus desparramadas carnes. Sentada con las piernas abiertas, mostraba sus ingratas várices bajando como ríos azulados hasta los tobillos hinchados. Más abajo se abultaban también en los pies metidos a la fuerza dentro de los zapatos que sólo usaba para las grandes ocasiones. De pronto la tarde se había vuelto aburrida. La niña, cansada de la inútil espera, fue a ovillarse junto a la mujer medio dormida pues en alguna forma su tremendo aspecto de oscuro ídolo le infundía cierta confianza. Tal vez porque desde que tenía memoria, desde que Berta llegó a trabajar a su casa —llevando por todo equipaje una caja de cartón atada con lazos— se había ocupado de cuidarla, aunque habría que reconocer que no con mucho esmero. De todas maneras, la sirvienta, cuyo vestido dominguero de grandes flores moradas y rojas apenas la cubría y que ahora mismo tenía la cabeza recostada contra la pared, como si le pesara demasiado, era por el momento su único vínculo con un mundo tan diferente. Nunca antes había visto una farmacia por dentro con todas esas cajas, cajitas y frascos, que le provocaban unas ganas enormes de abrirlas para ver su contenido. También era una novedad para ella ver a los empleados usando batas blancas y con el mismo aire indiferente de su doctor.

Berta dormitaba, ni el bullicio de la calle, ni el entrar y salir de los clientes, ni las conversaciones en voz alta, interrumpían su suave ronroneo de gata bien comida y satisfecha abandonada a un sueño un poco impúdico. La despertó la llegada de un hombre precedido por un vago olor a lavanda. Entró por una de las puertas laterales y se acercó decididamente a ellas. Los pechos enormes de Ber-





ta, pesados como yunques, y sus abundantes carnes morenas parecieron temblar y hacer un gran esfuerzo para juntarse. Con brusquedad se levantó aún adormilada y empezó una conversación con el recién llegado. Agitada, adornaba la plática con sus habituales gestos y ademanes haciendo brillar sus muchos anillos de oro falso. Exhibía su boca desdentada, mientras le explicaba al desconocido algo que la niña no alcanzó a escuchar. El hombre, cuyo traje oscuro le daba un aire triste y melancólico, se quitó el sombrero —el ala ligeramente inclinada sobre el lado derecho de la frente— y lo puso con cuidado sobre la misma banca donde habían estado sentadas toda la tarde. Se inclinó hacia la niña y durante unos instantes sus ojos se posaron insistentes en los de ella, como deseando retenerla para siempre en su memoria. La niña se sintió inundada por una ola de terror. Un intenso deseo de salir corriendo recorrió su pequeño cuerpo. Se quedó, sin embargo, como si se hubiera vuelto de piedra, sin poder moverse, aterrada y sin llegar a comprender la situación, presintiendo que ya nada sería igual para ella después de este encuentro. Por fin, el hombre la tomó suavemente por la barbilla con una de sus manos y le dijo al oído, casi delectreándolas como para hacerse entender mejor, las palabras más desconcertantes que ella había escuchado hasta ahora: «cuando naciste había arco iris, por eso te puse Iris».

Jamás volvería a ver al hombre del traje oscuro, aunque alguna vez recibiría sus regalos y sus cartas. Tiempo después, recordaría con la más absoluta fidelidad todos los detalles de esa tarde que la marcó para siempre.

Y, cuando ya adolescente, le cuente a María Elisa en una larga carta una versión diferente del día en que conoció a su padre, también omitirá decirle que nunca olvidará su mirada melancólica y su leve, impreciso olor a lavanda.





ISLA

Nada he sido
nada soy
sino escondida isla
sin pájaros
ni habitantes
sin voces que la pueblen
yerma
apenas viva
negra isla
huérfana
de la ternura de los nidos
región del vértigo petrificado
sin risas
ni panales
áspera isla soy
hondo lamento arrinconado
en la soledad del viento
polvo y sal
nutren mi médula
desterrada la plegaria
y la esperanza
sin astros finales
sin oráculos
sin nombre
yo la torturada.







ARCADIA

Imposible calcularle la edad. Era ya vieja cuando me crió. Usaba el traje de su pueblo, con la falda no muy larga, pero a pesar de eso y de que vivió con nosotros muchos años, siempre me intrigó saber cómo serían sus pies. Arcadia, la Caya, como la llamábamos, jamás anduvo descalza, ni usó sandalias o caites; sus zapatos parecían de hombre, cerrados, bajos, amarrados, de invariable color negro o café. Solía llevar también gruesas medias de algodón de un color carmelita; nadie podía siquiera imaginar hasta dónde le llegaban. Aunque era simple y no muy lista —o tal vez por eso— su vida estuvo rodeada del misterio más grande. No supimos nunca de dónde venía ni tampoco si alguna vez había tenido familia. En todo caso daba la impresión de que nosotros éramos todo cuanto tenía.

En los corredores del caserón inmenso donde vivíamos, su menuda figura de trenzas hasta la cintura se miraba aún más disminuida. A pesar de eso, yo le tenía pavor porque era muy severa conmigo. En realidad, era cruel. Sus agresiones silenciosas, no dejaban huella.

A los ocho años es difícil abandonar un hábito que da cierto consuelo. Para mí era chuparme el pulgar de la mano derecha, que se veía un poco aplastado, a pesar de los golpes y lo amargo de la quinina en polvo puesta por mi madre en el dedo mañana, tarde y noche. Con gran inspiración la Caya mejoró el método untándome chile molido en el pulgar deforme, mojado antes en aceite de cocina o de oliva.





Desde su boca, en la que ya sólo habían algunos dientes, salía una lista diaria de quejas sobre mi comportamiento, la cual mi madre escuchaba con muy poca paciencia. La Caya daba la vida por mi hermana menor. Desde la estrechez de su vida y su mundo, y lo penoso de su fealdad, encontró en mi hermana a quien darle todo el amor que la vida le había negado. Celina, además de ser la más pequeña, era bella como una virgen de retablo español; por eso nuestra nana la quiso con una dedicación sólo depositada antes a los pies de los santos, que por cierto, visitaba con frecuencia. Iglesiara a más no poder, la Caya no dejaba de celebrar cuanta fiesta religiosa había: la Semana Santa con la obligada visita del Jueves Santo a los siete sagrarios, los ayunos y el lento peregrinar detrás de las procesiones. Los Corpus, el día de los Santos, de los difuntos, las posadas... No había fecha que dejara escapar sin sus respectivas candelas, veladoras, inciensos y rezos. Lo único bueno era que en esas grandes ocasiones solía cocinar deliciosos platos. Trabajaba tardes enteras en la preparación de bacalaos a la vizcaína, torrijas rellenas de ciruelas con su punto de rosicler, o fiambres primaverales, garbanzos con tocino y cuanto plato de la cocina tradicional se pueda uno imaginar.

El tiempo de la nana se dividía entre el cuidado de nosotros, los tres críos, y el fogón de la cocina inmensa, donde oficiaba con el secreto de una gran sacerdotisa. De sus manos morenas salían a diario todas esas comidas rebosantes de especias y condimentos que sólo ella conocía, trituradas en su enorme piedra de moler, de un negro grisáceo, que siempre vi amenazadora en un rincón de la cocina. La tal piedra de moler me parecía, en cierta forma, como una prolongación de la nana bajita y fea, que solía llamarme bastarda, mientras me sacaba a coscorrones de la cocina. A veces me escondía bajo la mesa no muy grande donde comía la servidumbre, compuesta por dos criadas y un jardinero. Era la misma mesa, de madera maciza y muy vieja, donde





me acostaron alguna vez para que mi madre me hiciera tragar un repugnante aceite de ricino para arreglar mi estómago. La nana me agarraba las piernas, mientras la otra criada me tenía los brazos estirados arriba de la cabeza. Mi madre me apretaba con fuerza la nariz con dos dedos. Así, en el momento en que intentara respirar por la boca, ella podría darme cucharadas del horrible purgante. Lo único que yo podía mover era la cabeza y lo hacía, con desesperación, en medio de un llanto a gritos, con la cara y el pelo ya pegajosos por el aceite de ricino que se había deslizado desde mi boca hasta las sienes.

En ese tiempo ignoraba el significado de la palabra bastarda, aunque reconocía la ira y el desprecio al decírmela. Mis dos hermanos pequeños pronto aprendieron a repetirla, en voz baja, como me la decía la Caya y algunos parientes. Lo que puedo asegurar es que la bastarda muchas noches se dormía llorando.

Pasaron los años y un buen día, así como había venido, la Caya se fue. Luego nos mudamos a otra casa. Seguí creciendo con una tristeza que se acumulaba cada día. Para ese entonces ya comprendía la palabra bastarda y también la razón por la que la nana siempre me la dijo. También nosotros, los hijos, nos fuimos. Extraño como parece, el amor y la devoción de esa mujer por la niña que había sido mi hermana Celina, nunca disminuyó. Cada cierto tiempo se aparecía en la casa de mi madre, envuelta en su eterno manto de seda negra, su único lujo, para hacer visitas de un día entero llevando en un canastillo alguna delicia hecha por ella, como higos en miel. En esas ocasiones, se ponía a trabajar en la cocina junto a las nuevas criadas, siempre rezongando o hablando entre dientes en su propio idioma, como era su costumbre.

Nunca sabré a cabalidad quién fue aquel ser que dejó un sabor tan amargo en mi vida. Jamás llegaré a comprender su odio de mujer estéril que la llevó a apodarme «la bastarda».





Mis hijos eran aún muy chicos cuando Arcadia murió, tan pobre en la muerte como lo había sido en vida. Mi marido pagó su funeral.





SI ACASO

Si acaso
el corazón confunde mis noches
con premoniciones de muerte,
encontraré en la bruma de la memoria
tus párpados cerrados a la luz
como pájaros cansados,
tu olor de leche y luna,
tu vigilia de avemarías
asomadas a la frágil
arquitectura de tus labios.

Si acaso —madre—
en mis sueños
vuelve el miedo
con su melodía insistente,
no me dejes sola,
no me dejes de nuevo
habitar la casa de mi infancia.







EL TRAJE

Cuando mi madre la veía venir —con su pelo largo pintado con grandes manchones amarillos y naranjas, las faldas de colores chillantes, tan apretadas que apenas podía dar el paso y escotes que enseñaban la mitad de sus grandes pechos firmes y puntiagudos — se cambiaba a la acera opuesta para no pasar junto a ella. Aborrecía su vulgaridad tan desatada y notoria, aún de lejos. También detestaba escuchar los silbidos de admiración y las palabrotas de los muchachos y de los más chicos, que en medio de grandes risas le gritaban a todo pulmón: adiós Pachuca «culoapretado».

La mujer, que hacía que mi madre se cambiara a la otra acera, era la putilla del barrio donde vivíamos, en la parte vieja de la ciudad.

Para mí, aquella joven, con sus ojos oscuros ligeramente rasgados, era un misterio tremendo porque ni siquiera entendía qué era una puta y nadie se molestaba en explicármelo. Lo único que lograba comprender es que la Pachuca era diferente a las demás vecinas. Y que todos la miraban corno si tuviera un virus contagioso, como si en la tersura de su piel se insinuaran las llagas de una enfermedad terrible. Por lo demás, ella pasaba la mayor parte del día en el cuartito que alquilaba en una casa de vecindad. Mi madre se refería con gran desprecio al lugar y lo llamaba «un palomar». Aquel lugar no era más que una casa dividida en muchas habitaciones donde vivían en medio de una pobreza triste, obreros y sirvientas con sus muchos hijos.





Corno a las cinco de la tarde, cuando el barrio se aquietaba y era aún más plácido, mirábamos pasar a la Pachuca. Siempre muy pintada, mejor dicho, toda despampanante y exageradamente pintada, con los ojos negros y la boca roja. Se paraba bajo el farol de la esquina en la calle más ancha. Antes de llegar a su sitio habitual, ya había recibido durante su caminata de pasos cortos, casi como brincos de pajarito, los silbidos masculinos y los consabidos gritos de «culoapretado» al igual que los perversos elogios dichos en voz baja de los hombres que regresaban a esa hora del trabajo. Ante aquellas burdas muestras de deseo y admiración, una media sonrisa se insinuaba en sus labios, marcando los hoyuelos de las mejillas que le daban un aire de niña. Su mirada reflejaba cierta inocencia infantil que no lograba ocultar a pesar de las capas de maquillaje. Yo la había visto de cerca un sábado que fui a comprar dulces y allí estaba ella, de pie ante el mostrador, tomando cerveza con una amiga. Mi madre me había prohibido entrar a la tienda cuando los hombres bebían, al igual que lo hacía la Pachuca en ese momento. Así que dudé, pero sólo un brevísimo instante porque esto era diferente, ellas eran mujeres ... subí decidida las dos gradas y entré con mal disimulada satisfacción. En ese preciso momento la Pachuca le contaba a la otra en voz alta, como para enterar a los que casualmente nos encontrábamos allí, que le gustaba pintarse los labios de un rojo encendido dibujándolos en forma de corazón, porque un tipo llamado Raúl, le había dedicado en el radio la canción *As de corazones rojos*.

Cada noche, el farol público alumbraba con una luz fantasmal a la Pachuca y no pasaba mucho tiempo sin que algún auto se detuviera a recogerla para luego arrancar a gran velocidad.

Todo el enigma que la rodeaba sólo acrecentaba mi gran curiosidad. ¿Por qué los hombres la asediaban; por qué los chicos la perseguían; por qué mi madre se cambiaba de acera por su culpa? En tiempo de vacaciones cada





vez que podía me dedicaba a espiarla, a seguirla desde lejos, viéndola 41 con mis asombrados ojos y cierta admiración. Cuando iba sola por la calle, la Pachuca sonreía y me decía adiós con la mano de largas uñas pintadas también de rojo. Tal vez intuía que a pesar de todo yo no compartía el odio, el desprecio que las demás mujeres del barrio le demostraban. A veces, la olvidaba durante días enteros.

Cuando se acercaba diciembre con sus fiestas y jolgorios, me llenaba de emociones encontradas. Por una parte, la alegría de esperar las grandes celebraciones y los regalos. Por otra, la angustia de repartirme entre dos casas: la de mi madre y la de mi padre, cuyos contrastes no terminaba de comprender y me daban tal inseguridad que a veces hasta me hacían tartamudear. Mi madre, por ejemplo, jamás derrochaba en celebrar y la austeridad de nuestra mesa era semejante a la de un monasterio. Todas las luces de la casa se apagaban temprano por la noche; el pan se contaba y separaba en dos únicas piezas para cada uno antes de repartirlo en el desayuno y la cena a hijos y sirvienta por igual, y la ropa debía durar una eternidad. Mi padre, por el contrario, era generoso para invitar. En su casa siempre se reunían los amigos para beber y comer durante los almuerzos y cenas más prolongados que pueda uno imaginarse. Los cumpleaños, las tradiciones, los éxitos —propios y ajenos— se celebraban con gran alegría en aquella casa. A mí me parecía que siempre tenía tres puertas abiertas: la de la entrada, la del refrigerador y la del corazón. Flaca como era, me gustaba esconderme tras las grandes puertas de la casa de mi padre para espiar a los adultos. Con un solo ojo veía a través de la rendija que proyectaba una delgada raya de luz sobre mi cara, mientras me preguntaba cómo había sido posible que dos personas tan diferentes hubieran logrado tener una hija. En medio de inseguridades y confusiones, pasaban los días muy lentos, rutinarios, aburridos. A pesar de todo, diciembre era hermoso.





Yo perdía el tiempo en pláticas interminables con mis amigas Rosemary y Maribel, que sólo hablaban del doce de diciembre que se aproximaba rápidamente. En ese día especial, como todos los años, irían con su traje nuevo a ver a la Virgen de Guadalupe. Rosemary me parecía más pecosa y pelirroja cada vez que volvía a contarnos la historia de Juan Diego, el indiecito mexicano al que se le apareció la Virgen precisamente un día doce. A mí, la plática me desesperaba un poco, pero en el fondo me preocupaba que llegara ese día tan esperado en que la tradición manda que los niños vayan a la iglesia vestidos con un traje regional. Yo no tenía más que el del año pasado que ya me quedaba chico y mi madre no quería comprarme otro. Me sentía verdaderamente triste. Una de esas tardes me senté a la puerta de la casa, pensando cómo haría para ir, deseando que algo mágico sucediera, como en los cuentos. De pronto, vi venir la nube amarillenta y naranja del pelo de la Pachuca que se acercaba. Ella, que siempre había sido amable conmigo, cuando me vio llorando se detuvo de inmediato. Me preguntó la razón del llanto y no supe responder, no estaba dispuesta a contarle. La mujer insistía y pude darme cuenta de su verdadero interés; entonces el temor a que mi madre saliera de pronto y nos encontrara conversando me hizo confiarle en medio de hipos y llantos mi tragedia. Con gran energía me levantó y tomándome de la mano me dijo que ella lo arreglaría. Ante la determinación que vi en aquellos ojos achinados me dejé conducir como un corderito, durante cuerdas enteras, hasta que llegarnos a su cuarto.

La oscura habitación estaba limpia y ordenada. Las piernas flacas me quedaron colgando cuando me senté en su cama mientras ella buscaba en las gavetas de una cómoda, revolviendo toda la ropa hasta encontrar un traje de cobanera. Me hablaba sin parar, diciéndome que lo había comprado para una sobrina suya pero que lo tenía guardado para el día en que pudiera regresar a su pueblo. Lo desplegó a la par mía sobre la cama y la pobre luz que entraba por una ven-





tanuca, al caer directamente sobre la tela del huipil, realizaba los detalles de la filigrana de hilos blancos y los bordados de cuello y mangas, que semejaban un jardín delicado. La amplia falda azul cobalto seguramente me llegaría al tobillo. El traje era nuevo y mi inesperada hada madrina me lo obsequiaba. En cuanto lo tuve entre mis manos apenas pude darle las gracias y salí corriendo, feliz, porque al fin tenía un traje que me pondría para salir con Maribel y la pelirroja.

Cuando llegué a casa encontré a mi madre que me esperaba impaciente, furiosa, con el ceño más fruncido que nunca y la correa de cuero con que solía pegarme colgando sin disimulo de una de sus manos. Al fijarse en el envoltorio que llevaba me lo arrebató y a gritos me preguntó que de dónde había sacado aquel traje. En medio de mi tartamudez que se acentuó repentinamente, no pude más que decirle la verdad, temiendo lo peor. Y así fue. Descompuesta, las facciones endurecidas por la ira, tiró la correa y con esa misma mano me agarró del pelo arrastrándome adentro de la casa hasta el segundo patio, mientras en la otra llevaba el traje que la había enfurecido hasta ponerla lívida. Allí, cerca de la pila, lo tiró al suelo con rabia, como lo había hecho antes con la correa y me dijo que esperara en aquel lugar. Yo temblaba y lloraba al mismo tiempo pensando que mi madre jamás me perdonaría. Lo que había hecho no tenía nombre, la Pachuca me había contaminado para siempre; yo era tan mala como esa mujerzuela y lo único que merecía era ir a vivir junto a ella.

No tardó mi madre en regresar trayendo un frasco de alcohol que vació completo sobre aquellos inocentes trapos. Ni siquiera volteó a verme mientras encendía un fósforo y les prendía fuego. Ahora parecía calmada, pero yo sabía que e a calma sólo anunciaba peores castigos.

Nunca en mi vida el blanco de una blusa me ha parecido más nítido, ni el azul de una falda, más intenso. Pero desde ese mismo día la sal y el agua de mis lágrimas se congelaron para siempre.







LEJANA

Abre la puerta, madre.
Soy yo. Perdida de ti.
Lejana de ti.
Vengo a que leas en mi pecho
las palabras de amor
que te escribo por las noches.







UNA VIDA COMÚN

Cuando tenía nueve años y había ahogado a todas sus muñecas en la inmensa pila del segundo patio de la vieja casona, María Julia se convenció de que la maldad ciertamente anidaba en su corazón. Tal vez había empezado a creerlo después de escuchar a su madre, plantada en medio del patio, cuando le gritó llena de ira que el mal se le había enroscado como una serpiente en el pecho. Así había repetido por enésima vez —después de la acostumbrada paliza— cuando vio los pedazos de muñecas con sus caras de pasta o de trapo deshechas flotando en el agua, antes de hundirse, junto a los ojos de vidrio azul que después se transparentaban en el fondo. Pero si aquella vez María Julia aún se atrevió a dudar de las palabras de su madre, en el colegio las monjas se encargaban de recordárselo día tras día. Ahí sufrió largos años en un mundo tan sombrío como el ambiente de la capilla. Cuando se dieron cuenta de que María Julia siempre llevaba consigo algún libro, las monjas le prohibieron leer, al igual que lo hizo su madre. Dijeron que no era necesario leer más que los libros del colegio, en ellos aprendería todo lo que tenía que saber.

Durante el día, las monjas rezaban o regañaban, o tal vez, graznaban. Las letanías —*mater purissima, mater admirabilis, rosa mystica, virgo clemens...*—, los sonidos que salían de aquel ejército de pajarracos de ojillos vivos y penetrantes, mujerucas vestidas de negro de pies a cabeza, so-





naban todos idénticos a sus oídos mientras ella poco a poco se volvía más huraña.

Los días se sucedían unos a otros agobiantes, desdichados, con sus rezos ofrecidos en eterna penitencia por los pecados cometidos y por los bienaventurados, y los pobres, y los humildes de corazón. Al finalizar la semana tan llena de santidad, llegaba el sábado. Este día la llenaba de temor. Algún cura de calva incipiente o rotunda la esperaba en la sacristía para que confesara los pecados cometidos. La vida llena de frustraciones transcurría entre aquellas mujerucas tragasantos que llevaban eternamente un crucifijo colgando de la cadena tosca, en medio de los pechos estériles. Por las noches, ya metida en la cama, María Julia era arrastrada por la angustia de la culpa y se hacía mil propósitos de enmienda aunque no llegara a entender de qué se le acusaba. Era de rigor que después se dedicara a pensar en algo que alegrara su pequeña vida.

El invierno era su época favorita. Por las tardes, cuando regresaba del colegio, corría bajo la lluvia con los cuernos protegidos bajo el suéter que siempre le compraron muy grande. Pero lo que realmente le gustaba era llegar empapada a la casa, porque sabía que siempre la esperaban una toalla y ropas secas, una taza de leche tibia y su cama, que era a la vez su refugio. En esos días lluviosos todo le parecía más reconfortante, en un mundo construido con las pequeñas cosas cotidianas que ofrecían consuelo a su tristeza, a su soledad, ese animal de dos cabezas siempre a la par de ella con el cuello estirado como si se preparara a morderla, como si estuviera listo a atacarla. Pero de pronto ese mundo tibio que crecía en su imaginación se desmoronaba, se deshacía al igual que sus muñecas al caer al agua, cuando su madre entraba a la habitación. A punto de dormirse, cuando oía que la puerta se abría para que ella entrara a estirar las ropas de la cama, porque amaba el orden sobre todas las cosas, adivinaba también su gesto mecánico al inclinarse para persignarla en silencio, seria, distante,





cumpliendo un deber. Con los ojos cerrados, María Julia retenía la respiración fingiendo dormir, aborreciendo su inagotable amor, esperando en silencio, en vano, el beso que ella nunca le dio.







MEMORIAS

Se arremolinan los recuerdos
sobre el estrecho muro
de la medianoche.
Se contempla en el espejo,
sonríe para admirar su sonrisa,
se aleja un poco
y roza levemente
los pezones afilados
con los negros pájaros
encerrados en sus ojos.

Una cuchilla deja en sus muslos
débil ardor que asciende
inquieto
corno lengua de duendecillo.







PENUMBRA

Acaso fue la primera vez que tuve conciencia de la belleza del cuerpo y su sensualidad. No lo sé. Mis recuerdos de esa época se pierden en una niebla densa, se adentran en los paisajes de la memoria y cubren los escombros, ofreciéndome imágenes difuminadas de una adolescencia tormentosa que a veces quisiera olvidar. Por momentos, esa etapa tan lejana y borrosa no la siento mía. Las imágenes surgen a partir de ahí, de esas visiones imprecisas, inaprensibles, como dibujadas en el agua, como si el viento las hubiera borrado en una columna de humo disuelta hasta volverse apenas un trazo gris, deshecha en nada.

Vuelvo al pasado, a aquel año con un mayo más lluvioso que nunca anticipando la furia de los ríos desbordados. Veo con claridad la mañana que Noelle llegó al colegio por primera vez, tardíamente. Su llegada causó gran revuelo entre nosotras y supimos que hacía sólo unos pocos días había llegado al país con su familia, decididos a quedarse.

Fue en ese tiempo cuando conocí por primera vez el amor. Ese convencimiento me llegó mucho después, al pensar en el Capitán, en las visitas que le hacía por las tardes cuando empezaba a oscurecer, justo en el momento en que el aroma dulzón de la enredadera de flores blancas invadía el corredor de la casona de mi abuela, metiéndose en las habitaciones como un intruso invisible, pero real. Y era tan penetrante, tan abusivo aquel olor, que opacaba el del naranjo en flor. Esas visitas al Capitán eran una espe-





cie de ritual secreto y solitario para llenar mi turbulenta adolescencia con extrañas fantasías. Un ritual que me avergonzaba, por los extraños y confusos sentimientos que me despertaba, aunque nadie lo supiera. Ahora, me doy cuenta de lo complicado de mi interior. Una especie de bruma se cernía constantemente sobre mí. La confusión con la que recibía mi propia vida. Jamás hablaba del Capitán con nadie, si exceptuamos a Noelle, a quien le contaba casi todo sobre el hombre misterioso con quien soñaba despierta. Nada, ni una sola palabra les decía, a mis compañeras de clase. Huraña como era, me apartaba de ellas, jóvenes aprendizas de arpías, siempre dispuesta a burlarse abierta o solapadamente de mí.

La presencia del Capitán era constante en mis pensamientos y mis sueños. Y tal vez, ese extraño enamoramiento tenía que ver con el libro, obsequio de un amigo que soñaba con ser poeta. Desde el primer momento me deslumbró el pequeño volumen de portada gris, muy simple, la cual nada revelaba, nada anticipaba de su riqueza interior. Aquellos versos me perseguían a todas horas. Los aprendí de memoria, me tocaban el alma y, en el fondo, sin confesármelo siquiera, me sentía la amada, la mujer sensual inspiradora de sus apasionadas palabras. Sí, yo era esa mujer, aunque tan sólo fuera una adolescente solitaria y angustiada. Cada noche bebía golosamente la miel destilada para mí —estaba convencida de que sólo para mí— de aquellos versos. Llegué incluso a escribir en la página final: ¡cuidado, este libro se pega porque tiene miel! En ese tiempo, intencionalmente, confundía la realidad con un mundo que me llevaba a imaginar a aquel hombre misterioso y bello en puertos y ciudades ignoradas. Conocía los extraños nombres por haberlos leído en la carátula del viejo radio que mi padre encendía por las noches a la hora de cenar: Sidney, Delhi, Antofagasta... me seducían y provocaban ansias de irme muy lejos, como me sucedía al leer en el libro de geografía, los de Estambul o Samarkanda, que también echa-





ban a volar mi imaginación. Todas esas ideas amontonadas en torno al Capitán lo hacían más atrayente y me despertaban una enorme curiosidad por conocer su vida, sus aventuras. Lo pensaba en tabernas de puertos lejanos, bebiendo ron por las noches o navegando en mares embravecidos al mando de hombres curtidos por el sol y la vida salvaje. En ese entonces, yo no sabía nada de las putas. Siempre lo imaginé rodeado de hombres morenos, rudos y barbados, de manos callosas endurecidas por los aperos del mar. Al anochecer, ya metida en la cama, reconstruía su historia a mi propio antojo. Entonces, temerosa de romper el hechizo que me ataba a él con un hilo muy fino, abría el pequeño libro gris para leer de nuevo los versos, repitiéndolos en voz baja como si los estuviera diciendo al oído de un amante:

«... si toco/ junto al fuego! la impalpable cenizal o el arrugado cuerpo de la leña,/ todo me lleva a ti,/ como si todo lo que existe,/ aromas, luz, metales,! fueran pequeños barcos que navegan/ hacia las islas tuyas que me aguardan».

A veces no deseaba escuchar a Noelle, su voz llegando hasta mis oídos con su dejo francés. Ella no comprendía cómo podía estar enamorada de esa manera, con una pasión a la vez adulea e infantil, que me arrastraba a hacer mil tonterías y me hacía caminar por una delgada pared, tras la cual, mi amiga pensaba que se encontraba latente una sombría locura. En realidad, yo estaba caminando sobre una cuerda floja. Ni siquiera tenía plena conciencia de ello. Tal era mi soledad, mi angustia, mi desamparo. En los últimos días mis pechos habían crecido —más bien, florecido— y me gustaba verlos en el espejo, firmes y puntiagudos. Adoloridos, tensos, con la piel ardiendo a punto de estallar, hasta las suaves celas que los cubrían me molestaban y por eso dormía desnuda. Las madrugadas me sorprendían acariciándome el sexo hinchado y húmedo.

Noelle continuaba aconsejándome, hablándome con su vehemencia habitual, ligeramente inclinada hacia mí mientras caminábamos rumbo a la escuela. Ella era más





alca y parecía más corpulenta, porque usaba siempre un .Aajo chaquetón de paño azul sobre el uniforme. Ocultaba así sus pechos insinuados de forma tímida como dos pequeños bultos bajo la blusa. Cuando la veía vistiendo esa prenda tan masculina, no podía dejar de asociarla con un rubio y joven grumete de caderas estrechas de una película de piratas. Noelle se asustaba, sentía mucho miedo por esa locura opaca que se había ido apoderando poco a poco de mí y por el desconcierto en que vivía día tras día. Pero mi amiga no podía saber lo que yo sentía. Ella, con su intensa personalidad y su belleza, no podía imaginar lo que era saberse casi nada —una criatura fea, flaca, ignorada— porque eso no se lo contaba. Noelle jamás podría comprenderlo. Ella había crecido en medio de una familia amorosa y cálida, no indiferente y maligna como la mía —pensaba, muchas veces, rencorosa— plagada de seres retorcidos y violentos, de amores incestuosos, de historias contadas en secreto, irrepitibles ante los extraños. Muchas eran las historias que los adultos de mi casa contaban en voz baja. Temerosos ocultaban, por ejemplo, que a la tía Edna le faltaba un ojo —usaba una prótesis perfecta— debido a la furia incontenible de su propia madre, mi abuela. Todos sabíamos que en medio de un almuerzo le había lanzado un tenedor, con tan mala suerte, que le vació el ojo cuando Edna aún era una niña.

Solía escuchar a Noelle en silencio. De todas formas yo no era muy platicadora. Cuando después de una larga caminata llegábamos a la escuela, me gustaba sentarme junto a ella para escucharla y ver de cerca sus ojos de un azul profundo, su pelo rubio oscuro como el del oro viejo, sus manos largas y delgadas como aves pequeñas. A veces me sentaba en el pupitre de atrás. Era una delicia oler y tocar su cabello suelto que caía como seda dorada sobre su espalda. Mientras, yo recordaba anhelante —en ráfagas— la única vez que nos besamos en la boca, larga, desesperada y apasionadamente.





Así pasó el resto del año y llegaron las vacaciones. Entre mi insensato enamoramiento del Capitán y mi admiración sin límites por Noelle, había descuidado por completo los estudios. Recibir las notas, oír las constantes reprimendas de mi madre, mientras sus labios delgados llenos de arrugas escupían las palabras, sentirme más sola que nunca y llorar por las noches, todo se juntó. En esos días yo era la más infeliz de las mujeres. Furiosa, mi madre no tuvo más remedio que inscribirme en un curso de vacaciones para que estudiara de nuevo las materias perdidas. Aún puedo sentir el mismo temor provocado por las muchas amenazas con que acompañó sus regaños, la dureza de sus palabras, su ceño fruncido eternamente, el disgusto que sentía sólo con verme. No estaba relacionado con mi fracaso en los estudios, sino con un secreto odio, con un oscuro resentimiento hacia mí. En vano, yo intentaba descifrarlo. Ni siquiera físicamente me aprobaba. Su ideal de belleza se inclinaba hacia la gente rubia de facciones delicadas, casi podría decir «boticellianas». Mis labios gruesos, mi nariz chata y respingona, y mi piel morena le eran insoportables. Muchas noches deseé, mientras me dormía en medio del llanto, encontrar una explicación para su desamor, pero fue en vano.

La escuela ahora estaba bastante silenciosa, sobre todo sin la presencia de Noelle, quien era como un sol radiante para mí. Los alumnos éramos escasos y algunas aulas estaban cerradas o en reparación. El polvo muy fino se colaba por todos lados del caserón desolado. Tres o cuatro empleados, que se veían aún más miserables en sus raídos uniformes, limpiaban a todas horas los pisos y escritorios. Cuando el viento frío de esos meses se metía silbando por las rendijas de las viejas puertas pintadas de celeste, me erizaba la piel, al lamerme las piernas desnudas con su lengua helada. Todo aquello era deprimente. Empecé a fumar a escondidas. Robaba, con gran disimulo, los cigarrillos de mi padastro o de las visitas que llegaban a la casa. Bebía





también -el corazón desbocado ante el temor de que pronto me descubriríandirectamente de las botellas guardadas en un armario que hacía las veces de bar. Los domingos por la tarde, con el pretexto de estudiar, me quedaba sola en casa. Entonces, bebía a grandes tragos el ron de la media botella comprada durante la semana. Cuando los grandes regresaban al anochecer, siempre me encontraban profundamente dormida.

Por ese tiempo, conocí a un hombre ya maduro —a primera vista lo consideré un viejo— que tenía su oficina a pocas cuadras de donde yo estudiaba. La noche anterior a ese encuentro, había estado durante horas escondida en la terraza tirada sobre una vieja manta para ver la luna llena. Esa vez no era blanca sino más bien anaranjada, sin mácula, parecía tan pesada que pensé que hasta había descendido un poco. Como siempre, el librito gris me acompañaba y leí los poemas con la ayuda de una lámpara de mano. Todavía me sentía como una loba hambrienta e inquieta recordando la luna naranja a la mañana siguiente, cuando el hombre me ayudó a recoger los libros que boté al tropezarme con él, muy cerca de la escuela. Así se inició una amistad, que no sabría cómo describir aún ahora. Desde ese día, mi nuevo amigo me esperaba todas las mañanas con un regalo. A veces eran flores —increíble, pero la primera vez fueron rosas amarillas— o un libro, en otras ocasiones me llevaba un pañuelo de seda o un disco de moda. Me halagaban sus atenciones y me gustaban sus ojos que me recordaban los de las aves de rapiña, con el iris de un café muy claro casi dorado, como la miel, sobre todo cuando parpadeaba nerviosamente. Tal vez la nariz un poco ganchuda contribuía también a su parecido con un halcón, un pájaro rapaz listo a lanzarse sobre su presa. Sin embargo, tenía un no sé qué que le daba un aire lejano y triste. Desde el primer momento el hombre me llamó la atención, posiblemente porque cuando lo conocí vestía un blazer azul de botones dorados con un ancla en relieve. Todo cuanto evo-





caba el mar me atraía. Poco a poco, empecé a confiar en él. Cuando me invitó a su apartamento, con el pretexto de escuchar algunos discos que recién había comprado, no imaginé que desearía tan fervientemente volver. Sin embargo, nada sabía de él. Durante nuestros encuentros, yo hablaba sin parar, cosa que, dada mi gran timidez, me sorprendía. Pensaba entonces en el Capitán. Él también se limitaba a escucharme sonriendo levemente —con ironía me decía a mí misma— mientras yo admiraba su espléndido traje de marino, su rostro viril, enmarcado por la barba y su cabello castaño un poco largo, sus manos finas. Manos de artista, no de pirata, que me llevaban a hacer mil conjeturas.

Uno de esos días, como quien no quiere la cosa, mi nuevo amigo me propuso bañarme. Poco le costó convencerme, me pareció divertida su invitación a jugar en el agua tibia de la tina mientras él permanecía afuera, completamente vestido. Primero veía cómo me iba quitando la ropa -despacio, me decía- y luego, con una esponja grande y amarillenta, con ese aspecto un poco sucio de las verdaderas esponjas, me enjabonaba parsimonioso. El pretexto de enjabonarme más bien le servía para acariciarme. Hincado sobre la alfombra, con la camisa arremangada, me frotaba con lentitud, con cuidado, con delicadeza, sin olvidar ni un centímetro de mi piel, deteniéndose perezosa y largamente en ciertos lugares mientras me besaba -ahora lo sé- con sabiduría. Yo me dejaba hacer. El agua tibia y fragante era deliciosa, al igual que sus manos abriéndome mundos desconocidos llenos de sensaciones que me hacían temblar. Algunas veces, debía recurrir a toda mi voluntad para dominar las ganas de orinar allí mismo en el agua, idénticas a las que me asaltaban en el cine cuando miraba besarse apasionadamente en la boca a los actores. Sus lentos dedos, olvidados de la esponja, exploraban mis lugares más sensibles y era entonces cuando me gustaba ver en el gran espejo de la pared, mis pezones endurecidos, erguidos, que se volvían dos flores rosadas flotando en la superficie del agua,





erizados de placer. Ese era nuestro juego diario. Luego me secaba y me vestía. Cada tarde, cuando le decía adiós, con un largo beso lleno de humedades, sentía que iba a llorar. En el camino a casa me agobiaba una enorme sensación de tristeza. Tal vez esa relación duraría un poco más de dos meses, el tiempo justo de las clases de vacaciones. No podría asegurarlo. Fue un tiempo tan confuso, que siempre me esforcé en olvidar. Fue una época llena de soledad y sufrimiento, después guardada en el desván de la memoria, como se oculta a las miradas de los demás las cosas que estorban, que ya no son útiles. Sin embargo, el olvido es solo una quimera.

De aquella época, recuerdo que no falté un solo día a mis citas con el Capitán. Siempre me esperaba en el mismo lugar, en su eterna pose sentado sobre un barril —¿de pólvora, de vino?— burlándose del tiempo que había logrado trascender, enigmático y bello. Hoy, cuando pienso en él, cuando lo recuerdo, tengo la certeza de haberlo amado como hubiera amado a un hombre. Como si él no hubiera sido, para siempre, tan sólo un prisionero del bronce que lo retenía en su propia escultura. Como si no hubiera sido solamente un sueño descubierto en las páginas del librito gris.





MELANCÓLICA

Olvidas
la ola ciega
roja
la flama inútil
la ondulante llama
la preñez
de las uvas en la boca
olvidas
los rosales erguidos
la esclavitud de las estatuas
el breve relámpago
de ajenjo
el musgo que cubre
a héroes y dioses
olvidas
la pálida hostia
las murallas
el soberbio espejo
las dinastías sanguinarias
la voz del alba.

Melancólica
y carnal
te soñarás
entre el gris olvido
acaso sin luz
sin apacible muerte.







AUTORRETRATO

Mentira:

el perfume
la voz
el encaje
la mujer de plástico
flor y ángel.

Verdad:

esqueleto y piel
angustia
pensamiento
eterna herida

inacabada.







EL HOSPITAL

No estaba buscando este lugar, llegué por equivocación. Por un momento creí que era una pesadilla de ésas que suelen atormentarme cada cierto tiempo. Pero no, era absolutamente real. La escena era increíble. Al entrar a la enorme habitación sentí que todas me miraban; algunas, con su único ojo, estático y vidrioso. La sensación de ser observada crecía a cada instante hasta hacerse casi intolerable mientras caminaba frente a aquella multitud de cuerpos mutilados. Yo no deseaba verlas. Eran tan horribles, tan tristes, tan grotescas, su aspecto me causaba una repulsión inevitable.

Una lámpara colgaba del techo alumbrando el lugar. Despedía una luz muy pobre y caía directamente sobre el centro, dejando los rincones más apartados en una semioscuridad que dificultaba contemplarlas en todos sus detalles. Algunas estaban sentadas y otras de pie, aunque a dos de ellas les faltaba una pierna. Ambas se encontraban recostadas contra la pared para ayudarse a estar erguidas, haciendo más patética la escena. Casi todas estaban medio desnudas, otras cubrían sus cuerpos con ropas muy viejas, descoloridas y desgastadas por el uso. No sólo me aterraban las horrendas mutilaciones de pies, de brazos o piernas, por su aspecto repugnante. Los rostros me daban miedo por las sonrisas congeladas, eternas.

No huí ante aquel espectáculo y no me explico la razón. Por el contrario, una fuerza extraña me retenía allí y me obligaba a imaginarlas cuando aún eran bellas, de ojos





oscuros o claros, los labios rojos, las cabelleras negras o rubias, abundantes, hermosas. Era cruel verlas ahora: los cabellos escasos, despeinados, enmarañados; las mejillas pálidas y sucias; los labios, descoloridos. Era difícil estar parada en medio de aquel cuarto dantesco, rodeada por todas ellas, contemplándome en silencio. Era un silencio triste y ominoso, sin un leve murmullo, como si les hubieran cortado las cuerdas vocales. Ahora todas habían enmudecido, aunque alguna vez habían llorado o hablado con sus voces infantiles. Sobre la enorme habitación caía un silencio denso y frío como una cortina de lluvia.

Busqué la salida, dirigiendo un último, rápido vistazo a las imágenes que me obsesionaban. Debí haber huido antes. Salí por fin. Al cerrar la puerta volteé a ver el letrero colocado encima del dintel; escrito con letra roja se leía «Hospital» y, más abajo, con letra pequeña y descuidada decía «Se reparan muñecas».





ANGUSTIA

Impía, atormentada,
huyo de la esperanza
—vacía burbuja iridiscente—
y odio el sol imposible
en mi paisaje.
Sollozante, inútil,
recorro mis rutas angustiosas,
llenas de interrogantes y derrotas.
Atada irremediabilmente
con lazos de amargura
a mis negros potros torturantes,
cabalgo hacia la única
certeza que me aguarda.







DE ÁNGELES Y HERMANOS

Quién inventaría los espejos, se pregunta Elena sin mucho interés, mientras pide otra copa y se queda viendo el espejo de la barra que está manchado por el tiempo. Visto desde lejos parece fragmentado. La voz de Billie Holiday, esa voz única que la ginebra no logró arruinar, es un lamento hondo y sensual a sus oídos que le trae de alguna forma el recuerdo inevitable de los hombres que amó. Amores que fueron aves de paso en su vida y son apenas un recuerdo vago y lejano que la llenan de hastío. Bebe un largo sorbo de la copa que le acaban de traer, y luego gira levemente sobre el banco en el que está sentada para dar un vistazo indiferente a las escasas parejas que, muy juntas, bailan apretándose y besándose en la pequeña pista. Bailar es como hacer el amor de pie, le dijo alguien algún día y hoy vuelve a comprobarlo. En la semioscuridad de aquel lugar al que ha ido a refugiarse noche tras noche durante la última semana percibe en ráfagas la pasión, el instinto de los cuerpos que se mezclan en intensos abrazos carentes de ternura. Piensa con desgano que de nuevo está metida en un ambiente de vagina: oscuro, húmedo y caliente. Así había descrito al Shangai en una ya lejana madrugada la enigmática Sofía, y ella había pensado, desde entonces, que a la mayoría de los bares les queda bien la comparación, no sólo a aquel Shangai decadente. Aún recuerda cuánto gozó la pequeña Sofía siendo el centro de la atracción, cuando ya instalada en el Shangai comenzó a contar sus historias —con la voz ronca,





aguardentosa, que parecía darle un atractivo más— sobre su eterna búsqueda de nuevas combinaciones de tragos, de cocteles novedosos, a los cuales por supuesto, se aficionaba de inmediato. Una noche Sofía había bebido más que nunca, con deleite, saboreando la bebida mientras entre sorbo y sorbo mostraba a través de la blusa entreabierta sus magníficos pechos. Esa fue la misma noche en que Elena la conoció. Al amanecer ya la joven había decidido que su trago favorito era el *stinger*, una mezcla de menta blanca y coñac que le ponía unas borracheras bárbaras.

Esta es la sexta noche, después de varios meses de no probar una gota de alcohol, en que Elena ha regresado al mismo bar que alguna vez fue su refugio —su madriguera, aseguraba ella riendo— para beber el *stinger* poderoso. De vez en cuando observa detenidamente, como si fuera la primera vez, el hermoso color del trago, que desde la ancha copa que tiene en la mano brilla con destellos de un ámbar intenso. Fascinada, siente que la ha atrapado su sabor dulzón que baja como fuego derretido, como lava ardiente, hacia su estómago, enviándole sucesivas oleadas de calor a todo el cuerpo, estimulándola, para luego relajarla con el inicio de una prometedor embriaguez. Estoy nostálgica, se dice, y bebe el resto de la copa sintiendo que el *stinger* es un aguijón. Las escasas parejas que bailaban en la pista han desaparecido repentinamente en la oscuridad y ella se siente abrumada por el temor, tan conocido, de una depresión que ya se anuncia insidiosa y subterránea. Por un momento, Elena casi puede palpar su propio miedo, esa sensación primitiva e instintiva que sintió desde el momento en que sus ojos se fijaron en un desconocido que bebía solitario en una de las mesas. Apenas reparó en él un momento, suficiente para registrar su imagen. Aquel hombre de pelo entrecano le pareció conocido, pero luego desechó la idea cuando lo vio levantarse para ir al baño y se dio cuenta de que cojeaba ligeramente.





Esa misma noche Elena se soñó en la vasta sala de la casa de su madre. Fue un sueño confuso, largo, disperso. A la mañana siguiente ya muy entrado el sol, cuando un insoportable dolor de cabeza la despertó, lo único que pudo recordar con nitidez de aquel sueño que se enredaba como si fuera una madeja de lana, fue haber visto la fotografía de ella y sus hermanos —la que siempre estuvo en la misma mesa redonda y baja, que tenía un tapete que colgaba hasta el suelo— disfrazados de ángeles con los cuerpos entrelazados, los más chicos sostenidos en brazos por los más grandes. Seis niños blancos y rubios con algo de la morbidez que tiene siempre una mujer desnuda. ¿Niños, niñas? Era difícil saberlo entre tantas alas, entre tantos torsos desnudos, entre tantos brazos y piernas que se mezclaban enredándose en medio de suaves redondeces y rizos dorados. Sin embargo, en su intento de recordar el sueño hay algo indefinible, como una prolongación de las imágenes, que la inquieta, la perturba, la angustia. Los recuerdos se resisten a venir fácilmente. La imagen del desconocido que vio anoche en el bar se interpone por un segundo. ¿Cuál de los ángeles fue? No. ¿Cuál de los hermanos? El dolor de cabeza es tan insoportable como lo es su deseo de recordar. De pronto el sueño comienza a aclararse y Elena logra ver con claridad. Vuelve a sentir el mismo miedo que sintió de niña, causado por la incertidumbre, por no llegar a comprender a cabalidad en medio de su inocencia infantil y sin embargo intuir el mal oculto.

Ahora sabe lo que quiso saber siempre, fue el mayor. El que no está en la foto —piensa— el que le llevaba quince años de diferencia. Ahora, repentinamente se da cuenta de que el desconocido del bar se parece a su hermano mayor: la misma altura y corpulencia, idéntico el descaro con que miraba, la misma media sonrisa cínica. Por eso lo estuvo observando con disimulo, tratando de que él no la viera, por eso le viene a la mente su imagen que le trae esta angus-





tia incomprensible. Vuelve a inundarla el olor penetrante de las flores blancas que se marchitaban aquella lejana tarde en un jarrón. Elena ve de nuevo la habitación en penumbra y el miembro erecto de su hermano, que entonces, a sus nueve años, le pareció enorme. Ahora, por fin, lo sabe con certeza.





SAUDADE

Planta trepadora
y asfixiante,
en mi alma
la nostalgia crece.
Rumores de tiempos idos,
en la hora triste
de lluvia
y de recuerdos,
la nostalgia
me invade,
lentamente
se apodera
de mis ojos
y mis huesos viejos,
va royéndome
insidiosa como una lepra tibia,
me trae la nostalgia
el deseo del olvido,
mi remoto anhelo del suicidio.







EN EL CUARTO OSCURO

Llovía cuando amaneció, un ahogado sonsonete de lluvia pertinaz y fina la sacó de un sueño profundo que sólo le había traído pesadillas. Se levantó descalza para asomarse a la ventana. En la semioscuridad de la habitación, el rápido vistazo al espejo le devuelve su rostro envejecido. Agobiada, desde el fondo de sí misma, rechaza su propia imagen por la verdad que encierra. Durante un instante, Marcela puede ver sus ojos brutalmente cínicos y su propia boca avejentada por diminutas arrugas verticales. Inevitable pensar en los estragos que la edad hace a los labios, alguna vez tersos y llenos de redondeces. No necesita más para que se le amontonen de golpe los recuerdos como si la lluvia —esa lluvia alada y musical que tanto ha amado— los hubiera traído a su mente a pesar del empeño en buscar por tantos años el olvido.

De regreso a la cama, nota la luz que apenas ha comenzado a colarse por las rendijas y que se refleja en el cristal del vaso casi lleno que desde el día anterior ha estado sobre la mesa de noche. Las manchas de pintura que sus labios han dejado en la orilla, al igual que las huellas de sus propios dedos, le dan un aspecto sucio, de abandono y descuido. Sin pensarlo mucho bebe de un solo trago el ron —turbio ya por la cáscara y los restos de limón— sin que la bola de fuego que descende con rapidez por su garganta la preocupe. Observa su mano derecha, es visible el temblor al sostener el vaso. En ese momento comprende de golpe





lo que significa sarmentoso, pero no puede detenerse a ver las venas azulosas que abultan bajo su piel porque sus pensamientos se alejan de allí, se dispersan, vagan hacia el pasado que le muestra la diluida silueta de todas esas mujeres que han desfilado a lo largo de su vida, reclamando ser ella misma, y que aún continúan habitándola.

Perezosa, sin la menor gana de levantarse, en medio del silencio, su atención se desvía momentáneamente hacia la lluvia que de pronto arrecia en esa mañana gris. Se mueve un poco entre la tibieza de las sábanas para encontrar una postura más cómoda. Sumergida en sus pensamientos, se da cuenta que apenas se reconoce en los recuerdos que acuden en tropel, como si fueran de otra, tan distantes, tan ajenos a la mujer que ahora está casi borracha encogida entre el desorden de la cama. En alguna forma le irrita que ciertos miedos permanezcan en ella, a pesar de que cada día los enfrenta con la inseparable botella de vodka, ron, o lo que sea. Son esos mismos miedos que le muestran las fauces abiertas cada vez que se mira en un espejo, y que no la han abandonado nunca. Teme a la oscuridad y a quedarse encerrada en un ascensor, tiene miedo a la altura y al abismo, a los animales que se arrastran, a la sangre, a ser enterrada viva y a mil cosas más. Se pregunta si en el fondo no es igual a muchas otras mujeres. Intenta recordarse. Metida en ese túnel que la une al pasado, se concentra en los colores buscando también entre texturas, olores, sabores, sonidos, cada vez más lejos, con más detenimiento, intentando encontrar un recuerdo que no tenga una orilla rota, un manchón de barro o de lágrimas. En medio del caos, que insiste en devolverle el pasado, sin confesárselo, se da cuenta que a pesar de la calma en que se encuentra, algo la perturba, y empieza a llorar en silencio, sin ruido alguno, como lo aprendió desde que era una niña huraña y solitaria. Nadie la ha visto llorar en mucho tiempo porque hay algo dentro de sí misma que la lleva a alejarse, a esconder sus lágrimas de los demás, porque odia despertar lástima.





La lluvia es ahora un grueso velo de agua que envuelve la ciudad y Marcela canta en voz baja, no quiere llorar más. Sus pensamientos se deslizan como si fueran moluscos, lentos, torpes y grises. Llegan, como si vinieran de un sueño oscuro. Los recuerdos la asedian, el ron ha empezado a correr por sus venas y se siente, tal vez, cansada.

Ahora los recuerdos se han soltado como caballos salvajes e inquietos que amenazan a Marcela en esta habitación en la que se siente prisionera. En su memoria son tan solo partes de una postal descolorida los arcoiris, las flores y las vetas de la madera, todas esas cosas que alguna vez amó. Se levanta para acercarse de nuevo a la ventana cuyos cristales se han empañado. Su propio aliento se extiende en ellos formando una flor irreal que se esfuma con lentitud. Allí, de pie junto a la ventana, mientras ve caer la lluvia, Augusto resurge en las madrugadas junto a ella, los dos todavía temblando de frío en el Hipódromo del Norte después de una larga caminata. El sol de fin de año vuelve a sorprenderlos haciendo el amor tirados sobre la hierba, y el suéter de lana cruda que él no se quitó la primera vez, le eriza de nuevo la piel. Eran días hermosos en que leían poesía en voz alta para descubrir los versos que Cernuda, loco de amor, escribió a los jóvenes marineros. A veces un deslumbrante García Lorca les ofrecía sus metáforas como sedosas redes para atrapar el amor. Sobre la cama o la hierba, Pessoa y Kavafis, Sábines y Paz, prolongaban su amor. La felicidad salía a su encuentro y «La rosa profunda» de un Borges melancólico se deshacía lenta entre los labios sensuales de Augusto. En él, con él, descubría el amor por primera vez y su vida ahora, a los diecisiete años, por fin tenía sentido. Enredados entre los versos y la seda que cubría apenas las desnudeces de Marcela, vivían a plenitud el recién descubierto regalo de sus cuerpos, el misterio de la carne. Pero de pronto, como si un huracán devastador hubiera arrasado con todo, el amor desapareció y los amaneceres ebrios de poesía también. Entonces Marcela supo que





la adolescencia había quedado atrás.

Con los ojos cerrados intenta recordar a todos los hombres que vinieron después. Le intriga poder recordar sus caras, sus voces y sus cuerpos, pero no sus nombres. Fueron tantos, se dice en medio de un suspiro. Se siente mareada y débil. Tiene sed. La lluvia ha vuelto con fuerza y Marcela, en la penumbra de la habitación camina desnuda hacia la cocina para traer otro vaso de ron. Bucear en los recuerdos la inquieta, la atormenta, necesita un trago en ese mismo momento, uno no muy fuerte se dice en voz baja, como queriendo convencerse a ella misma.

Cuando regresa a la tibieza de la cama las sombras se han ido y ella, un poco más borracha, no sabe cuánto tiempo ha estado reviviendo el pasado. Fantasea. Prende un cigarrillo y se siente reconfortada cuando ve la pequeña brasa brillar en la punta. ¿Perdió la virginidad en una calle de Madrid, o fue en un viejo Mercedes Benz? ¡Qué importa! Si lo cierto es que no recuerda ni siquiera con quién la perdió, aunque después llegaría Augusto a su vida. Hay algo helado que le llega al corazón y sin embargo, el rojo amor continúa irradiando su fuego pueril. Los escogió a todos y no se arrepiente, aunque ahora tan sólo sean un brutal ramalazo en su memoria.

Alejandro fue uno más, piensa al intentar recordarlo. Es alguien a quien le es difícil evocar, alguien en quien no quiere pensar. Todo lo ignoraba sobre aquel hombre en esa primera noche, al igual que no pudo saber que un torbellino de sexo, alcohol y una sorda violencia, arrasaría su vida. Cree que pudo haber evitado todo lo que pasó después si tan sólo hubiera escuchado esa voz interior que la prevenía, provocándole un ligero desequilibrio, un extraño desasosiego que al fin y al cabo no era más que el subconsciente que jamás se equivoca. En ese tiempo se sentía más sola que nunca, así . que vencida, intentando aferrarse a la vida, se zambulló literalmente una relación con Alex que desde el principio intuyó enferma. Su atracción por aquel hombre





—que parecía rodeado de un halo de misterio— en medio de aquella fiesta loca, la hizo aceptar su invitación a tomar un último trago, en su casa, dijo él. Pero ya estando allí, después de atravesar la puerta pudo palpar su propio temor, el miedo instintivo que sintió y que en ese momento atribuyó a su constante desconfianza, al desamparo en que se encontraba. Parada en el umbral, por un instante se dio cuenta de que la casa enorme —que a leguas se notaba que había disfrutado de mejores tiempos— le causaba la misma impresión que le hubiera dado encontrarse en una cueva profunda y oscura. A pesar de sí misma, ignorando su propia intuición, haciendo a un lado su honda depresión, desolada y determinada a dejarse llevar por un vendaval que en ese momento sólo era una premonición, de todas formas, aquella misma noche, se quedó a dormir con Alejandro.

Ahora, azotada por sus propias emociones intenta reconstruir las interminables horas que pasó en medio de la negrura del cuarto oscuro, mientras Alex trabajaba en las fotos que desde lo más hondo de sí misma rechazó siempre, casi sin notarlo, casi sin darse cuenta. No ha podido explicarse, ni siquiera hoy, cuando puede verse retrospectivamente, la dualidad de sus propios sentimientos ante aquellas fotografías cuyas pruebas le había mostrado Alejandro aparentando cierta indiferencia, en una mañana cualquiera. Al verlas, sólo pudo sentir que algo maligno se desprendía de cada imagen; de un solo vistazo pudo intuir el fondo turbio, si no sórdido, que se escondía en ellas. Y no eran solamente los desnudos que aparecían en poses sugerentes insinuando placeres más bien sádicos. Era también el contexto, todos esos elementos extraños que los rodeaban, delataban haber salido de una mente retorcida. Durante semanas sintió un miedo que no lograba descifrar sentada allí —en el laboratorio— en medio de la densa oscuridad, mientras Alex sumergía un poco impaciente el papel en las bandejas de las emulsiones y las imágenes empezaban a de-





linearse con lentitud, apenas iluminadas por la débil luz de la bombilla roja. En esos momentos, en cuanto lograba verlas, podía sentir las lágrimas que pugnaban por salir. Era de nuevo el llanto suave que conocía tan bien, que no aliviaba su dolor en modo alguno y del cual se sentía avergonzada sin llegar a comprender claramente las razones. Entonces Alejandro, con el modo impositivo y arrogante que solía emplear para hablarle cuando estaban solos, le preguntaba: «no estás llorando, ¿verdad?» Con voz que pretendía ocultar las lágrimas que él tanto odiaba, le respondía que no, que no estaba llorando, segura sin embargo de que no le creía. Luego, ese Alex lejano e inexplicable, continuaba en silencio su tarea hasta que finalmente colgaba las fotos en una larga cuerda para secarlas. Marcela en ese momento pensaba que parecían pañuelos. A veces, antes de iniciar el trabajo le hacía el amor sobre el piso sucio del cuarto oscuro bajo la luz mortecina de la bombilla, mientras ella se entregaba fingiendo el deseo. Pensaba que aquel cuarto parecía una tumba, sentía que estaba enterrada en vida, intentaba convencerse de que todo estaba bien, que al fin y al cabo era bueno tener a alguien a quien amar, aunque mucho dudara que algún día pudiera conocer hasta el fondo el alma turbia de aquel hombre. La duda, sin embargo, siempre permanecería porque nunca llegó a saber con certeza qué escondía, qué oculto enigma lo habitaba. A veces recordaba la mañana en que la vieja madre de Alejandro, la voz cascada ya, en medio de un pleito con él le dijo casi gritando que sólo era un payaso. Tal vez esa era la verdad.

La lluvia persiste, como los recuerdos que creyó embalsamados para siempre. Sin embargo jamás podrá escapar de ellos. Ya sólo le queda un último trago de ron. Marcela se incorpora de la cama para verse una vez más en el espejo, y casi no reconoce su rostro, su propia, envilecida imagen.





MUÑECA DE SATÉN

Sin pretextos
para los días
y las noches,
territorio de sombra
habitas
con heladas flores
de pétalos de vidrio.

Sin esperanza de mieles
que se deslicen,
destrenzas tus cabellos
y olvidas tus ojos
y su tibio llanto.

Dolorida
hundes los pies desnudos
en tu territorio de sombra.

Frágil criatura
en silencio
te deshojan
los dedos del viento.







LA CASA DEL LAGO

A veces deseaba huir, escapar, alejarse. En esos momentos Ada se sentía como un globo hinchado, cabeceando con lentitud, movido por el viento, a punto de elevarse, listo para zarpar, esperando tan sólo el corte de las amarras que aún lo mantenían en tierra.

Su deseo de huir se había acentuado desde el momento en que se dio cuenta de que su relación con Gustavo se deterioraba. Lo supo desde la primera de una serie de noches compartidas con Erick, ese bello degenerado que se burlaba de ella por su rechazo a probar otra droga que no fuera alcohol. Lo cierto es que Ada no quería saber nada de drogas. Sólo el alcohol la atraía, quizá demasiado, se decía a sí misma arrepentida de aquellas noches turbias llenas de sexo y pasión. Al inicio había probado la hierba —«monte» la llamaban Gustavo y compañía— y su experiencia había sido tan negativa como para quitarle todo deseo de experimentar. A ella le había «agarrado la pálida», la había visto de frente, la había sentido en forma de un pavor profundo, muy adentro, en algún lugar de su mente. Una sensación física atrapada en su propio cuerpo la hizo girar, doblarse sobre sí misma, encogerse buscando una posición fetal. Aquella vez sintió un miedo bestial mientras buscaba consuelo chupándose el dedo pulgar. El pavor le duró una eternidad. Se escondió en un armario, en su intenso deseo de ocultarse, en la oscuridad, donde nadie pudiera verla atraparla. Jamás olvidaría el miedo sin sentido pro-





vocado por una amenaza que sólo venía de ella misma, de sus propios temores. En el mundo real, nada ni nadie la amenazaba.

Les costó sacarla de aquel estado absurdo. Durante un buen rato los asustó, a ellos, pobres diablos, siempre tan alegres, tan irresponsables, tan superficiales. Por eso no volvió a probar más que el alcohol, el cual sí era manejable, aseguraba, tratando de explicarles —con una vehemencia poco usual en ella— la diferencia entre embriaguez y borrachera.

Ada se daba cuenta que en ese juego alucinante, ella era una pieza manipulada por otros. Estaba bebiendo demasiado. Sabía también que Gustavo la utilizaba para varios fines, entre ellos, el más obvio, era el de ocultar su hasta entonces escondida homosexualidad. La belleza y desenfado de Ada, además, le servían para acercarse a los hombres que lo atraían sin remedio. Generosa, despilfarraba con él todo cuanto tenía que en modo alguno era poco. Ya no le importaba nada, metida en su propio tobogán de alcohol y sexo. La caída hasta el fondo era inevitable, aunque aún podía darse cuenta de que cada día se sentía más desdichada. El vacío de aquellos meses sin sentido, sin propósito, le pesaba como una carga excesiva. Su vida carecía de metas. Sus días ociosos eran apenas un espacio que llenaba de cualquier forma. La alegría momentánea de las fiestas sólo le dejaba un vacío más grande aún, una vaga depresión enterrada una y otra vez, para no pensar, para alejar las ideas suicidas. Entonces se acordó de la casa del lago; comenzó a pensar en ella como en un refugio, como en una madriguera o una cueva donde podría ocultarse de todos. Irse, huir, alejarse era todo cuanto quería.

Sin decir una palabra, decidió mudarse a aquella casa de su familia a la cual ya nadie iba, ni siquiera en los fines de semana. Sobre la vetusta construcción pesaba una leyenda fundada en muchas historias oscuras en las que el incesto y la violencia tenían los papeles protagónicos, viejas





historias jamás contadas. Nadie las repetía. Muy de vez en cuando, alejados de los demás, alguien se había atrevido a contar en voz baja algunos de esos relatos extraños durante los grandes almuerzos de los domingos, cuando toda la familia familia solía reunirse, en apariencia muy bienvenida. Ada siempre estuvo segura de que la casa del lago —sin teléfono, ni forma alguna de comunicarse con el exterior— había sido construida como monumento al ego de uno de sus abuelos, famoso por sus aires de grandeza, su arrogancia, su fobia y horror a contagiarse de alguna enfermedad. La manía del abuelo Rafael lo impulsaba a niveles obsesivos. Vivía desinfectando todo con el alcohol que siempre llevaba en un frasco, empezando por sus propias manos, especialmente si se veía obligado a estrechar las manos de los otros. Siempre hizo prevalecer su voluntad y su poder. Perdidamente enamorado de su propia hija, Rafael la había hecho esterilizar muy joven por un médico amigo suyo, para que la maternidad no destruyera algún día la increíble belleza de su cuerpo.

Situada en un lugar muy aislado rodeado de pinares y encinares, la casa del lago ocupaba el centro de un terreno muy grande heredado de generación en generación. La mole arquitectónica con aires de trasatlántico podía verse desde lejos, con su fachada muy art déco que recordaba la de un cine de los años cuarenta. Más de una vez, al observar aquella abundancia de materiales diversos, Ada con disgusto la había comparado con un muestrario. Un alto muro la protegía de miradas y visitantes extraños, volviéndola inaccesible. Allí, detrás de los muros, en medio de un paisaje exuberante, su abuela la había ocultado durante meses en una época ya lejana. Allí vivió Ada adolescente casi todo su embarazo para que nadie supiera que la había violado su propio hermano. Llegó con la abuela cuando la preñez apenas empezaba a notarse; la intención secreta de la anciana era dar en adopción al niño no deseado. Sin embargo, no pudo lograr su propósito, pues el bebé murió





en una de las habitaciones del segundo nivel, a la hora de un parto prematuro mal atendido por una comadrona del pueblo vecino.

Además de los parientes muy cercanos solo Santos, el guardián y Lola, su mujer, encargados de atender a las dos mujeres, supieron que las paredes de esa casa servían de cárcel a una joven, casi niña, cuyo único delito fue haber nacido en una familia de la que era más bien, víctima. Un velo misterioso cubría ése y otros terribles secretos guardados con gran celo por todos los adultos. La violencia y el incesto Botaban como una sombra ignominiosa sobre la casa del lago, que también había sido refugio de amores prohibidos y ocultas perversiones.

Toda esa historia estaba ahora muy lejos. Y aunque Ada jamás había vuelto a ver a su hermano, recordaba con claridad la tarde de la violación. La cara de él, enardecido por el deseo y la droga, su mirada salvaje. Volvía a ver también los ojos de la abuela: de un solo vistazo adivinó lo que había pasado al encontrarla todavía desnuda sobre la cama revuelta, la mirada perdida, temblando de frío y de miedo. Volvía a sentir sus viejas manos bañándola apresurada, con mucha agua y jabón, como queriendo borrar de su cuerpo las huellas de la infamia. De vez en cuando, Ada recordaba los días solitarios, las noches de insomnio largas y tristes en que sentía la vida del hijo no deseado creciendo en silencio dentro de ella. Cuántos años habrían pasado desde esa época cubriendo las heridas, pensaba durante el verano en que fue alejándose de la ciudad, apartándose de todos para refugiarse semanas enteras en la casa del lago, apacible y desolada, sin hacer nada más que tumbarse horas enteras a la orilla de la piscina.

A veces llegaba hasta el muelle para tenderse perezosa sobre las viejas duelas, cuya madera guardaba la tibieza de los rayos del sol entre sus vetas. Sola, aislada, metida en una profunda depresión de la que ya no podría escapar, pasaba el tiempo escuchando el ruido de las olas estrellándose





monótonas contra el muro de piedra, o contemplando la gran masa de agua del lago cristalino por la que transitaban de vez en cuando, algunas embarcaciones. Quienes la miraban desde lejos, un poco más delgada y más morena, no podían imaginar que recordaba el pasado dedicándose a revisar, minuciosamente, el desfile de personajes miserables que habían poblado su vida.

A pesar de ser bastante viejos, Santos y su mujer conservaban la fuerte constitución de las gentes acostumbradas al trabajo duro. Continuaban como fieles servidores cuidando la casa, como lo habían hecho durante décadas. Pulían los pisos y la madera, limpiaban a conciencia las mil y una volutas de hierro forjado del pasamanos de la escalera, repetidas también en los balcones de las ventanas exteriores. Se preocupaban de que todo funcionara, de manera que la casa siempre estuviera lista para alojar a cualquier visitante. Ada, sin embargo, desaparecía días enteros para regresar sin aviso, de noche. Cuando por fin decidió quedarse, el refrigerador y la despensa volvieron a llenarse. Lola, diligente, siempre silenciosa, flaca e impecable en su uniforme azul con ribetes blancos, empleaba parte de su tiempo en la cocina. Todos los días llegaba hasta donde estuviera la joven para llevarle algo de comer. Le preocupaba verla tan frágil como había sido de pequeña, con la diferencia de que ahora sus problemas —podía intuirlo— eran mucho más grandes.

Al llegar diciembre, como todos los años, Santos y Lola se marcharon. Entonces Ada se quedó más sola que nunca encerrada entre las paredes blancas de la casa.

Antes de la partida de los viejos sirvientes, ella se había preocupado de surtir el bar. Le gustaba ver las botellas reflejándose en el espejo de la pared del fondo, a todo lo largo de la barra. Siempre había tenido una especie de obsesión por los espejos. Tres viejos sillones de cuero negro desgastado y brillante por el uso, y cuatro bancos, componían todo el mobiliario del bar situado en un saloncito a la





derecha de la sala principal. Aquel espacio, con su ventana de ojo de buey en lo alto, ofrecía una tibieza acogedora. En el pasado, había sido testigo de innumerables borracheras y discusiones durante las fiestas llenas de derroche y esplendor que ofrecían sus abuelos.

En cuanto Ada lograba levantarse, alrededor del mediodía, se dirigía al saloncito famoso para prepararse un trago. Luego se iba a haraganear junto a la piscina con el vaso en una mano y la botella en la otra. A veces se quedaba dormida hasta que la noche llegaba trayendo ráfagas de un viento helado que se le metía hasta los huesos. Entonces, se despertaba medio atontada, regresaba a la casa y se iba a la cama. La rutina de asolearse, beber y dormir, se repetía todos los días y ya se le había vuelto costumbre comer solo algo liviano cuando el hambre apretaba.

Recostada en una silla, apenas cubierta por una blusa ligera y un pantalón corto, Ada se despertó un domingo a causa del viento de la madrugada que bajaba de la montaña helando todo a su paso. Cuando regresó a la casa, temblaba por el frío y por la resaca. Un brillo extraño iluminaba sus ojos oscuros, haciéndolos parecer más grandes y más tristes. Si alguien hubiera visto esa especie de fuego que alumbraba sus pupilas habría adivinado el brillo, el fulgor inesperado en ellas anunciando algo, un cambio tal vez, o la toma de una decisión importante.

En cuanto entró a la casa, su hogar durante algunas semanas, se dirigió a la puerta de servicio para cerciorarse de que estuviera cerrada con doble llave. Luego caminó por el corredor que se alargaba hasta la puerta del frente, le echó doble llave también y corrió el pasador de metal asegurándola por dentro. No hacía falta cerrar las ventanas pues todas tenían los balcones de hierro forjado que tanto aborrecía. Sus intrincadas volutas, además de adornar, servían para impedir que alguien entrara o saliera a través de ellas. Había olvidado las sandalias a la orilla de la piscina, pero nada importaba ya. Así descalza se dirigió a su habi-





tación para buscar el frasco de barbitúricos guardados en la mesa de noche.

El saloncito empezaba a iluminarse con el sol de la mañana, cuyos rayos multiplicaban las botellas reflejadas en el espejo del bar. Ada se subió a uno de los sillones de cuero para tirar por la alta ventana, las dos únicas llaves de la casa. El leve ruido que hicieron al caer afuera, en un jardín lateral, fue amortiguado por el césped bastante crecido desde la ausencia de Santos. Al pararse en el suelo perdió ligeramente el equilibrio, aún sintiendo en los pies desnudos la suave textura del cuero gastado por el uso. Sobre la barra de madera maciza el frasco lleno de barbitúricos parecía inofensivo, mientras ella, sin vacilar, se servía el primer trago.







SAFO

Repta la madrugada
entre dulcísima la lluvia.
Vagan enigmáticas las horas
sobre la pareja derramada
en el valle prohibido.
El amor alucinado
torna fuego las alas
del gorrión que se posa
en altos pechos,
mientras flotan los cabellos
corno algas en el agua
persiguiendo las huellas de Safo
en el espejo fragmentado.







PAULINA

La encontré pálida y diminuta, casi oculta entre las sábanas de la cama del hospital a donde la habían llevado después de haber intentado suicidarse. Volvía a la vida sin deseo y con un profundo hastío reflejado hasta en la forma de encender los delgados cigarrillos enrollados por ella misma. Tenía poco tiempo de conocerla, tal vez un año, pero algo en sus claros ojos me conmovía y me impulsaba a verla con frecuencia. Fue por esa razón que, a pesar de mi aversión a los hospitales, me obligué a visitarla diariamente en las siguientes semanas. Cada día atravesaba los pasillos, que me parecían interminables, complaciéndome en imaginar la tela del camisón cubriendo ligeramente su piel y los ojos de mirada infantil que me veían con su habitual tristeza.

Contemplar a Paulina, sus diferentes actitudes, sus mínimas cosas, se había convertido en una especie de juego. Eso me permitía ignorar el gris tan deprimente del hospital con las inevitables puertas que interrumpían, de trecho en trecho, la monotonía de las paredes. Caminaba, casi corría sobre las alfombras de plástico, mientras observaba a los médicos, enfermeras y a los visitantes, cuyos rostros indiferentes me parecían iguales. A veces el olor del hospital era más intenso y penetraba hasta el último rincón de mis pulmones. Sin embargo, mientras llegaba hasta la habitación de Paulina, disfrutaba el anticipado deleite de su sonrisa ante mis regalos. Eran amapolas robadas en un parque cercano a la casa o pequeños libros de poesía. Otras, eran frag-





mentos de obsidiana o dibujos realizados deprisa mientras comía en un café. Cualquier cosa era útil en mi afán de alegrar a mi amiga, siempre triste. Deseaba interrumpir en alguna forma sus prolongados silencios, esos momentos en los que parecía ausentarse, cuando se dedicaba a mirar obstinada por la ventana hacia los jardines todavía húmedos por el rocío de la madrugada.

Poco a poco las palabras fueron adquiriendo una nueva, cálida vida, a través de las confidencias. ¡Hablamos tanto en esas largas horas de convalecencia! Yo solía tomar sus manos, mientras ella vagaba por los oscuros y estrechos corredores de su niñez o se sumergía en añoranzas de una loca adolescencia para mostrarme al final, hasta el fondo, su alma atormentada. Quería aferrarse a la vida titilante como una débil llama a punto de apagarse.

Los días del hospital quedaron atrás y nuestras pláticas mañaneras se transformaron en lentas y prolongadas sobremesas, llenas de innumerables tazas de café. Una tarde sustituimos el café por un buen vino y Paulina enrollaba uno de sus inevitables cigarrillos de salvia. Yo contemplaba un poco distraída, las frágiles venas azulverdosas insinuadas bajo su piel como una geografía extraña y absurda. De pronto, sentí la necesidad de luchar por esa criatura melancólica que no tenía el valor de vivir. ¡Nunca como entonces deseé protegerla! Anhelé transmitirle mi orgullo, mi fuerza y verla marchar decidida al encuentro de sí misma.

Por ese tiempo me dediqué sólo a ella. Un día, empezó a erguirse como una espiga de trigo verde. Me convencí de que había visto también nuevos brotes en su alma. Tuve el convencimiento de haberle devuelto la fe en los demás. Ella tenía el simple gusto de ser, la capacidad de vibrar ante el diario milagro de pensar, de mirar, hablar, hacer el amor y otras mil cosas llenas de sensaciones renovadas y diferentes. Sin embargo, hoy he recibido esta nota escrita con su letra redonda y clara:





Mi querida Ana:

Debo darte las gracias por haberme devuelto a la vida. Todo cuanto haces es hermoso y puro. Crece en mis recuerdos tu risa fácil, tu palabra estremecida abriéndome nuevos universos. Pienso en ti y siento tus gestos llenos de esa ternura que aflora cuando guías las manos de tus pequeños párvulos, y tus lágrimas de aquella mañana cuando vimos a los niños ciegos salir de paseo. A través de ti comencé a apreciar todo lo grande y también lo mínimo que la vida nos ofrece, como un regalo a cada instante. Me has dado la más intensa felicidad que le es posible conocer a un ser humano.

Mi constante búsqueda de amor me llevó a encontrarte, porque en ti se resume todo cuanto pude necesitar, y tu continuo prodigarte llenó mi mundo de luz. Eras tú todo lo que deseaba. Me trajiste la inmensa alegría de amarte, pero comprendí que este amor no podría ser compartido y renuncié a ti desde el principio. Perdóname. Mi huida no es tu fracaso sino una decisión inevitable y largamente meditada.

Paulina

Las lágrimas resbalaban silenciosas mientras mis ojos intentaban en vano distinguir el camino que conducía al apartamento donde vivía. Sola, sin tener aún plena conciencia de su muerte, me encuentro sumergida en la nostalgia. Pienso en ella mientras recorro las mismas calles que tantas veces caminamos juntas. ¡Qué lejana su risa! Intento inútilmente retener las líneas de su rostro que se esfuma en la nada. ¡Me es difícil pensar en sus complejos de niña, su eterna costumbre de comerse las uñas, su colección de elefantes! Quiero imaginarla palpitante y vital —como era en los últimos tiempos— rodeada de las cosas que amaba: su pueblito de barro pintado por Rigalt, las macetas con geranios de un rojo insultante, el vino y el pan, los caracoles enormes donde escuchaba el mar...





Quando llegué ya no estaba. El cuerpo había sido entregado a su familia desde temprano y ahora recién habían comenzado los trámites del funeral. Tal vez fue mejor así. No verla y recordarla como había sido. Recordarla, por ejemplo, con el ceño levemente fruncido cuando me leía en voz alta los trópicos de Miller, vestida con sus viejos jeans descoloridos y el suéter rojo demasiado grande para sus hombros estrechos, con su largo cabello atado con sencillez sobre la nuca, y sus ojos siempre inundados de una vaga tristeza.





TEMBLOR DE LÁGRIMA

Hay un temblor de lágrima
que nace moribunda.
Tu ausencia se derrama,
se esparce
hasta el último rincón
de esta casa,
que es ahora trampa
de todos los recuerdos.
El amor está ahí,
quieto como un barco
olvidado en una dársena.

Y la memoria ama el polvo
¡contra toda esperanza!







LA MUJER QUE ÉL AMÓ

Ahora, conduciendo el auto en medio del tráfico caótico y agresivo del mediodía, se arrepiente de haberse puesto ese viejo suéter y los pantalones tan descoloridos, pues tendrá que bajarse a comprar cigarrillos y una botella de vodka, ron o aguardiente puro. Aferrada al timón con fuerza, muy nerviosa, de pronto se da cuenta que ha olvidado el reloj y se disgusta terriblemente, le sirve para ocultar la cicatriz de su muñeca izquierda. Esa cicatriz larga y honda, como un tatuaje, que llevará de por vida para recordar su más intensa depresión. Cortarse las venas le parece ahora un acto de suprema desesperación. Sin embargo, no fue el único, piensa brevemente, mientras enciende su último cigarrillo y presiona el acelerador cuando el semáforo le da luz verde.

Esa mañana la había despertado el timbre del teléfono. En medio del sueño aquel sonido le pareció demasiado insistente, premonitorio, en cierta forma, y no se había equivocado. Ahora, metida en el tráfico rumbo al hospital se pregunta la razón de sentirse abrumada. Por qué, después de tantos años de distanciamiento la sangre la llama y ella acude al llamado ineludible. El pasado vuelve a atraparla con los oscuros e inexplicables lazos del amor. Pero ¿es amor lo que la lleva a encontrarse con un destino que siempre quiso evitar? No sabe qué la mueve, qué fuerzas ignoradas la llevan a cerrar el círculo. En este momento la agobia la bulla de la calle, los bocinazos sin fin, el calor de





abril; sólo quisiera salir del pequeño auto y regresar a la quietud de su casa.

No conoce muy bien esa parte de la ciudad, pero ya muy cerca del Hospital logra encontrar un centro comercial abarrotado. Ella siempre huye de los lugares bulliciosos donde el gentío parece vagar sin rumbo, ahora se estaciona y con la mirada busca el supermercado, pues la urgencia es mucha. Presurosa, compra el vodka y los cigarrillos, luego se dirige a los baños públicos y allí, encerrada en uno de ellos, destapa la botella y se toma un largo, primer trago. Ahora se siente reconfortada, el miedo y el temblor de las manos se irán pronto, podrá pensar con claridad.

En su cabeza continúa sonando el teléfono. Aún cree que la llamada fue injusta. Así lo pensó desde el momento en que colgó y se levantó de la cama tibia y en desorden. Mientras, sentía crecer el temblor dentro de su cuerpo, sin saber si era debido a la noticia recibida a través del teléfono, porque estaba desnuda, o por los muchos tragos de la noche anterior. Al entrar al baño para ducharse se miró largamente en el espejo que ocupaba toda una pared. Se dedicó a observar con atención las arrugas apenas insinuadas alrededor de los ojos y la boca. Luego, con parsimonia, como dándose tiempo para decidir, se dedicó a cepillar su cabello largo, siempre teñido del mismo color, mientras veía complacida las líneas de su cuerpo esbelto, sin abundancias, armonioso. Poco a poco, los demás la han ido convenciendo de que es atractiva, con un algo indefinible muy parecido a la belleza. Se mira de nuevo, como queriendo saber qué pasa dentro de ella misma, intentando reconocerse en los oscuros ojos de párpados levemente hinchados por el alcohol, cuyas lágrimas no quiere dejar escapar. Debe ir a verlo. Pero duda. Continúa viéndose en el espejo como lo hace todo el tiempo. David, su hermano, no debió llamarla. La ha sacado de su precario equilibrio, a ella, que solo desea vivir en paz, que la dejen tranquila. En lugar de tomar una decisión se dedica a verse en el espejo





con unas ganas locas de gritar, aunque bien sabe que nadie la oíría porque está sola.

La bebida ha comenzado a hacerle efecto. La invade un agradable calorcito, una especie de pereza, cierta placentera 99 lasitud; como ella suele decir, ya siente el delicioso bienestar de la embriaguez. Conduce con lentitud un poco distraída, por ello se sobresalta cuando las señales intermitentes de un semáforo le indican que frene. Lo hace en forma mecánica. Luego se inclina para abrir el paquete de cigarrillos comprados junto con el vodka.

La gente se amontonaba en los pasillos, no muy limpios, de aquel hospital público. Pacientes y visitantes, todos le parecían enfermos por igual. Ella buscaba de oficina en oficina, no tenía más que su nombre, no sabía cuándo lo habían ingresado, ignoraba si había tenido una cirugía. Los empleados le respondían con indiferencia; acostumbrados al dolor ajeno no se molestaban en ayudarla. El único dato era el nombre del paciente y no sabía la fecha de ingreso, ni exactamente el motivo. Era muy difícil encontrarlo, el hospital era muy grande. Podía notar el desgano reflejado en sus respuestas. En medio del desorden, perdida entre decenas de personas que también visitaban a sus enfermos, no quiere darse por vencida. Pero primero debe tomarse un trago, uno solamente, se promete.

Los baños quedaban lejos de donde estaba. Cuando entró, el olor a orines viejos mezclado con otros olores, indefinibles y agrios, le llegó como una ola inundando todo el ambiente. Por un momento se paró bajo la puerta sintiendo que la náusea la dominaba. Con determinación se encerró en uno de los baños que delataba a gritos la falta de limpieza y bebió, ansiosa, un par de tragos de la botella que llevaba en su cartera.

Al salir continuó su búsqueda, por fin, alguien se apiadó de ella y le indicó el camino para llegar al pabellón de hombres. Caminaba observando las paredes sucias, manchadas, los pisos opacos, el abandono del hospital en ge-





neral, pensando cómo él había ido a parar allí. Esperaba encontrar un lugar oscuro, un cuarto apenas alumbrado por alguna bombilla. Cuando llegó al pabellón que alojaba a los varones se sorprendió porque la sala era grande y llena de luz. No habría más de diez camas y sólo la mitad de ellas estaban ocupadas.

Indecisa, se quedó cerca de la puerta. Un hombre viejo y delgado, que caminaba ayudado por un andador, al verla dudar, se le acercó y le preguntó: —¿Es usted Irene? Señalando con el índice la cama más alejada, agregó: —Él ha estado toda la noche llamando, como en sueños, a Irene.

No, ella no era Irene, pero se acercó con el corazón desbocado, lleno de emociones encontradas que le impedían pensar. De pronto sus lágrimas incontenibles brotaban ante el padre agonizante. Estaba casi desnudo, sólo usaba una especie de pañal. La única sábana que lo cubría se había deslizado hacia abajo enrollándose en su cintura, de manera que mostraba el torso muy blanco y lampiño. En la mano izquierda tenía puesta la aguja del plasma, cuya bolsa casi estaba vacía. Tenía los ojos cerrados y respiraba con cierta dificultad. Parecía abandonado a su suerte, ya en la agonía final. Nada más podía hacerse por él.

El hombrecito del andador observaba la escena con gran curiosidad. Ella intentaba mover a su padre que yacía en la cama en una posición incómoda, como si fuera un muñeco de trapo, una marioneta desmadrada abandonada en el rincón de un escenario. De la misma cartera donde guardaba el vodka sacó un frasco de agua de colonia para frotarle la espalda y los brazos descubiertos. También le puso un poco en la frente y en las mejillas. Mientras lo peinaba con los dedos, tratando de arreglarle los cabellos en la forma que él siempre usaba, le hablaba, le contaba mil cosas, todo lo que había pasado desde que no se veían, como si pudiera escucharla, como si su mente no estuviera vagando ya por los oscuros pasillos, de la muerte. Ella no deseaba llorar ante su padre que ahora era un guiñapo, un





pobre cuerpo martirizado, vivo aún a pesar del derrame cerebral. Tal vez, pensaba, aún puede escuchar, aunque presentía que su muerte era cuestión de unas horas.

Entonces, una emoción muy honda le provocó un intenso deseo de confortarlo, de mostrarle su amor a pesar de todo lo que los había separado siempre. No sabía qué decirle, pero de pronto recordó las palabras del hombrecito unos momentos antes. Su padre deseaba a Irene junto a él.

—Duerme tranquilo, ya llegué, ya estoy aquí—pudo decirle finalmente, acariciándole la mano libre, como si ella hubiera sido Irene, la mujer que él había llamado en sueños, en medio de la agonía, la mujer que él siempre amó.







DESEO

Aún deseo
mis antiguos tiempos
fetales,
en que fui pez
opalescente y ciego.

Mis tiempos de transparencias
líquidas,
cuando la premonición
no se aglutinaba en mi garganta,
y el dolor
impotente me olvidaba.

Aún poseo
el dulce anhelo del retorno al líquen,
al húmedo,
indefinible origen.







MUJER QUE SUEÑA

Después del funeral de su padre, Isabel volvió a tener pesadillas con la misma alarmante recurrencia de cuando era niña. Sus sueños eran enredados, incomprensibles; en ellos se veía afanada limpiando sangre, restregando concienzudamente las paredes de un gran salón con una energía en la que podía adivinarse mucho temor, un miedo cervical. El abandono y el descuido de aquel lugar era lo que primero saltaba a la vista. Los muebles se encontraban en desorden amontonados en un rincón y protegidos por grandes lienzos de tela blanca; y daba la impresión de que la gente ya no estaba o que pronto se irían de allí.

Descalza, de rodillas —porque las salpicaduras de sangre en la pared estaban muy cerca del suelo— con la falda recogida entre las piernas para no mojarla, se veía a sí misma restregando con un gran cepillo que hundía cada cierto tiempo en el agua jabonosa y turbia de un balde, como si en esa tarea hubiera empeñado la vida. Las manchas de sangre que podían distinguirse con claridad sobre las paredes pintadas de un verde irreal, extraño, demasiado claro, iban perdiendo paulatinamente su color sin que Isabel cesara en su intento de limpiarlas para que recobraran su anterior apariencia inocente. De alguna extraña forma, en medio del sueño, ella recordaba que hasta hacía poco aquellos muros guardaban la intimidad de una familia en apariencia feliz. Sin embargo, la sangre terca, ya seca y de un rojo negruzco, era la evidencia de que algo grave había pasado





en aquel lugar. Las manchas no cedían ante el cepillo. Isabel, única y solitaria espectadora, volvía a ver la cruel pelea, llena de saña, en la que dos gallos se habían desgarrado con las navajas atadas a los recios espolones, manchando las paredes con su sangre. Las brillantes plumas negras y ocre, algunas casi doradas, y las plumas de destellos azulados, confundían de nuevo sus colores en una danza mortal que a veces adquiriría visos de un ritual macabro. Mientras, sus cabezas se alzaban ágiles, nerviosas, con los ojillos alerta y los picos listos a desgarrarse uno al otro bajo la intensa luz de una lámpara que por momentos parecía un sol abrasador.

Al despertar, agitada, sintiendo que había presenciado aquel espectáculo sangriento, el recuerdo del sueño la perseguía de tal manera que aún podía ver cómo los dos gallos, en medio de los estertores finales con las entrañas casi de fuera, hacían un último intento para acabar con el adversario. Isabel no se asustaba del todo, sólo esperaba que ese ser salvaje que habitaba en ella, estuviera adormecido.

Los malos sueños se sucedían unos a otros, atormentándola todas las semanas. A veces soñaba líquidos que se derramaban, mojándola, sin olor alguno, transparentes, y apenas un poco menos viscosos que la clara de huevo. La sensación de flotar en un mar cálido y manso iba asociada a las enormes cabezas de niños no nacidos que emergían de los líquidos, lo suficiente para que ella pudiera besarlos con ternura en los delicados párpados surcados por hilillos azules, que cubrían sus ojos cerrados. En otras ocasiones soñaba con un adolescente de facciones delicadas, pálido, flaco y bello. El color de sus ojos la hacía pensar en los reflejos ambarinos de la miel, y también en su dulzura. A Isabel esa mirada inocente y dulce le recordaba la de su propio hijo. Al acercarse hasta casi rozarla con su cuerpo, ella podía percibir el olor de su piel que mucho tenía aún de niño □la tersura, la falta de vello□ le sugería más bien la de un ángel. Entonces, la criatura que imaginaba casi alada, con su voz de entonaciones aún indefinidas, la preve-





nía de no ir al baño porque allí estaba la madre. Incrédula y miedosa, Isabel recorría el oscuro corredor hasta llegar al lugar prohibido. Al entrar, apenas lograba darse cuenta de lo empañada que estaba la puerta de vidrio de la ducha en su prisa por abrirla, pues sabía que adentro encontraría una respuesta. No imaginaba, sin embargo, descubrir a una mujer decapitada completamente vestida que contra toda lógica estaba de pie, y cuya cabeza con los cabellos empapados colgaba de una de sus propias manos. El agua de la ducha aún corría y también la sangre, en pequeños ríos, confundiéndose hasta formar charcos rojizos en el piso. Lo que más la horrorizaba era no poder visualizar con claridad la escena, oculta por el velo de vapor provocado por el agua demasiado caliente, que no le permitía saber con certeza si esa mujer era su madre, o era ella misma. En medio de aquel caos se daba cuenta, como siempre, de que no se parecía en nada a la mujer que por deber —únicamente por su ineludible y tremendo sentido del deber— le había dado la vida. ¿Por qué, entonces, dudaba? ¿Por qué tenía esa angustiosa sensación de no saber quién era la mujer decapitada?







AQUÍ, DONDE NO HAY NADIE

Aquí,
donde no hay nadie
sino mi derrotada soledad desnuda,
mi alucinada angustia,
mi sombra hastiada de sí misma.

Aquí,
donde los sueños
son palomas que huyen,
donde sólo estoy yo conmigo,
y mi cuerpo desolado
ante un espejo
infinitamente triste.

Aquí,
en este círculo traidor
de agonías no elegidas,
con mi muerte al lado,
puedo contemplarme corrupta
y deformada.







LAS HOJAS MUERTAS

«...when autumn leaves start to fall...»

Él era músico. Yo, la fotógrafa de paso por la ciudad que había ido esa noche al concierto con la intención de tomar algunas buenas fotos. Llegué tarde, como suele pasarme con frecuencia en los últimos tiempos, y encontré el teatro abarrotado por los fanáticos del jazz. Me quedé atrás durante algún tiempo, mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad. Allí, de pie entre aquella multitud que exhalaba los olores más diversos, escuché la música. Me llegaba como en olas, aferrándose a mí con un lenguaje que hablaba de las hojas del otoño, tristes, marchitas, cayendo con lentitud de los árboles. Inmediatamente reconocí aquella canción: *The autumn leaves* —una de mis favoritas en la adolescencia junto a *As times goes by*, que me recordaba al Bogare de Casablanca—. En ese momento tocaban los dos saxofonistas lucíéndose en un dueto que era, a la vez, duelo y diálogo.

De pronto había perdido el interés en fotografiar a los artistas. No quería moverme del lugar donde me encontraba. La música —alguna vez definida como «el amor en busca de expresión»— se apoderaba de mi mente, de mi espíritu. La melodía continuaba y ahora las hojas del otoño, ya en el suelo, eran elevadas por el viento en pequeños remolinos para luego dejarlas caer con suavidad, como en un juego que mezclaba sus ocres y amarillos, sus naranjas y sus sienas. A través de la música veía caer pausadamente las hojas muertas, desprendidas para siempre de los árboles,





amontonándose al pie de sus gruesos troncos. Las notas de los saxos intercambiaban un lenguaje apasionado, con dejos llenos de tristeza, esa misma tristeza descendía sobre mí poblándome de extraños pensamientos, obsesivos y recurrentes. En este momento era Lenny Harris, el músico más joven, quien tocaba solitario iluminado por la intensa luz del reflector. Impelida por un extraño sentimiento, intentaba adivinar en su cuerpo los estragos que la vejez haría en su torso, ahora pleno, en sus nalgas redondas, altas y perfectas, en la piel de sus brazos que cubría los músculos definiéndolos hasta el último detalle. Un poco alejado de los demás, Lenny me descifraba los códigos secretos de toda la pasión atrapada en su cuerpo. Las venas de su cuello se dilataban hasta casi estallar. El saxo, el músico, eran fascinantes, seductores. El teatro me cobijaba con su tibieza en medio de la oscuridad. Abandonada a la libertad de aquella música que poco a poco me iniciaba en la melancolía, sintiendo mi propia soledad como una herida, sólo era capaz de escuchar en forma visceral aquel jazz irreprimiblemente erótico. «recuerda, cuerpo», los versos de Kavafis me asediaban mientras, solitaria, entregada a la música y a mis propios pensamientos teñidos de una intensa nostalgia, recordaba la madrugada de ese día que ahora era noche.

Me obsesionaba la juventud de Lenny, su cuerpo, la belleza de sus líneas, la estructura ósea que marcaba sus hombros de estatua griega. Él era para mí, a la vez, una combinación de fuerza física y emocional. Por momentos el saxofón se llenaba de un largo lamento, hondo y prolongado. La música se deslizaba por el suelo, trepaba por las paredes lamiéndolas hasta llegar al techo y se apoderaba del salón, se adueñaba de aquellas almas pendientes de las notas libres, desgarradas, del jazz que idolatraban. Y aquellas almas se me antojaban puras, sin mancha, por lo menos en ese instante. Todo era un poco irreal. Mis ojos volvían de nuevo a ver al músico para meterme en su propio paraíso





emocional y pensaba en él om en un cachorro, me atraía la limpidez de sus ojos en los que el iris brillaba con fulgores de animal joven.

No lo deseaba. Sólo envidiaba la representación de codo lo vital que se reunía en él. Admiraba también aquella fuerza tan ajena a mí, a la que yo era en ese momento, a mi propia decrepitud, que avanzaba lentamente dentro de mi cuerpo destruyéndome con la enfermedad. Los médicos me habían condenado a muerte hacía sólo un mes. Un mes únicamente, unas semanas apenas habían transcurrido desde que lo supe. ¿Cuánto tiempo tendría aún? ¿Cuándo y cómo llegaría...? ¿Me desprendería yo también del árbol de la vida, como una más entre millones de hojas muertas, perdida en la inmensa hojarasca? ¿El corazón que ahora latía emocionado se pararía por fin, y eso sería todo?

El saxofonista prolongaba el solo y me daba a pensar si aquella boca acaso sería más sabia, más hábil en el besar. Sus labios se prendían a la boquilla como si tuvieran vida propia, como si no fueran parte del rostro, del cuerpo, definitivamente masculino. Sin embargo, era inevitable darme cuenta que algo femenino flotaba a su alrededor. Era indefinible y se encontraba en sus movimientos, en la forma en que se paraba en el escenario, colocando una pierna al frente. Un halo lo rodeaba, algo parecido a la dulzura de una mujer, aunque yo sabía que sólo ocultaba la feroz sexualidad de un macho. Por momentos, prendido al saxo, cerraba los ojos, aquellos ojos casi dorados —como dorada era su piel— hundidos, velados por las espesas pestañas también doradas.

Durante las últimas semanas me había dedicado a fotografiar el centro histórico de la ciudad. Cuando comenzaron a aparecer los afiches anunciando que el cuarteto de jazz pronto llegaría, decidí prolongar mi visita sin imaginar que los músicos se alojarían en el mismo hotel. Cada tarde, al terminar mi trabajo, me asomaba al bar para tomar un martini o un gibson. En una de éstas, coincidí con Lenny.





Me llamó la atención la barba, se la había dejado crecer durante vario día y acentuaba la estructura de u cara, en la que podía verse la inocencia de las cosas naturales. Bebíamos y platicábamos de cualquier cosa, y descubrí su mirada dulcísima —como la de un Cristo redentor— que me hablaba también de desamparo.

Ahora me impregnaba la música llena de la melancolía de las hojas de otoño, de esas hojas muertas que presagiaban el invierno. Lenny tocaba en este instante sólo para mí, la fotógrafa que había decidido quedarse en la ciudad atrapada por el deseo de lograr una buena serie de fotos. Tocaba para la mujer que de vez en cuando repetía los versos de Kavafis diciéndose a sí misma en voz baja «recuerda, cuerpo». En medio de todo, sin embargo, me preguntaba a mí misma ¿qué era lo que debía recordar? Mi vida llegaba a su fin. Nunca había estado tan sola como ahora. ¿Acaso debía recordar las noches salvajes de amor o los encierros de fin de semana llenos de poesía, de amor y alcohol? ¿O las carreras de autos, junto a mi novio del momento, que durante la adolescencia enviaron chorros de adrenalina a mis venas? ¿O los dos días, con sus noches, que viví bajo un puente protegida por el amor de un muchacho? Los recuerdos eran precisos. Llegaban hasta mí traídos por la extensa, refinada improvisación de *The autumn leaves* a la que el músico le ponía su sello personal lleno de pasión. La canción estaba por terminar, pero yo insistía en pensar que Lenny Harris sólo tocaba para mí. La mujer que esa misma madrugada se detuvo ante la puerta de su cuarto de hotel para escuchar los gritos, los gemidos, los lamentos que le sacaba a una mujer como lo hacía ahora mismo con el saxofón en el concierto de esta noche, acariciándolo.

Junto a la belleza del momento, la oscuridad del teatro me daba refugio. Convocada por la música, por un deseo intenso y vital nacido de lo más profundo de mi ser y que yo pretendía ignorar, sentía, más que nunca, avanzar dentro de mí el inexorable poder de mi propia muerte.









CONTENIDO

<i>Sombra y vacío</i>	11
<i>Evocación</i>	13
Muñeca mala.....	15
<i>Ecos de casa vacía</i>	23
El encuentro.....	25
<i>Isla</i>	29
Arcadia.....	31
<i>Si acaso</i>	35
El traje	37
<i>Lejana</i>	43
Una vida común.....	45
<i>Memorias</i>	49
Penumbra.....	51
<i>Melancólica</i>	59
<i>Autorretrato</i>	61
El hospital	63
<i>Angustia</i>	65
De ángeles y hermanos.....	67
<i>Saudade</i>	71
En el cuarto oscuro.....	73
<i>Muñeca de satén</i>	79
La casa del lago.....	81
<i>Safo</i>	89
Paulina	91
<i>Temblor de lágrima</i>	95
La mujer que él amó.....	97
<i>Deseo</i>	103
Mujer que sueña.....	105
<i>Aquí, donde no hay nadie</i>	109
Las hojas muertas.....	111









Muñeca mala, de Carmen Matute, número 28 de la colección Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias (1988-2022), se terminó de imprimir en el mes de **XXX** de 2023, en los talleres de **XXX (XXX)**. El tiraje fue de **XX** ejemplares.

